

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS



**DIAS
VIOLENTOS**

Rocco Sarto



DIAS VIOLENTOS

ROCCO SARTO

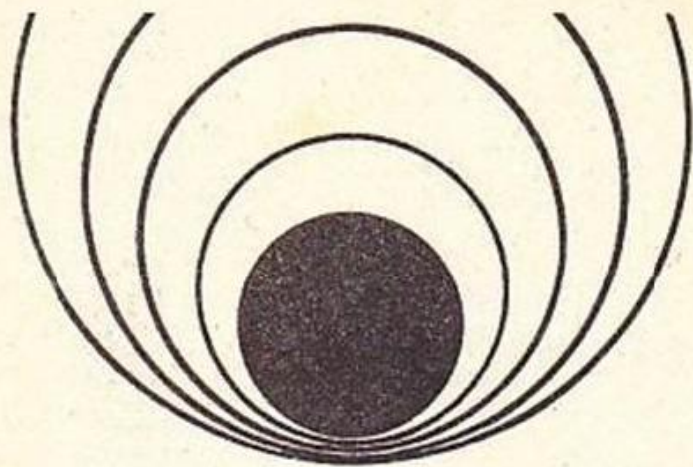
Colección PUNTO ROJO n.º 1.123

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS -
MEXICO**



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección KANSAS:

1.302 — Joe Laredo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.120 — Pesadilla mortal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.726 — Adiós al servicio.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 32.343-1983

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición en España: noviembre, 1983

1ª edición en América: mayo, 1984

© Rocco Sarto — 1983 texto

© Desiló - 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N— 152, Km 21.650)

Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

ERA una góndola en el mar. Una góndola fantasmal en medio de una tormenta. Yo estaba con mi padre y mi tío observando las aletas de los tiburones cuando el barquero, una sombra de colores vivos, como el espectro de un dibujo animado, levantó la pértiga por encima de nuestras cabezas en un gesto amenazador.

La góndola zozobró y caímos al agua tempestuosa. Una horrible sensación de frío me invadió los huesos y comencé a tragar agua. Entonces alguien me cogió por los cabellos y tiró con todas sus fuerzas. No pude agradecer la ayuda porque experimenté la sensación de que acababan de arrancarme el cuero cabelludo.

Abrí los ojos y desperté con el pijama pegado a mi cuerpo empapado en sudor. La pesadilla, sin embargo, continuaba.

Alguien me sostenía por los cabellos, alguien a quien no podía ver. Delante de mis ojos observé el cañón azulado de una automática y el sudor se convirtió en una mortaja helada.

—Tápale los ojos —dijo una voz tan educada como el chirrido de una sierra eléctrica. La mano tiró hacia atrás de mi cabeza y el cañón de la pistola me golpeó en los labios.

Me dolió más la impotencia que el golpe y el sabor amargo que trepaba desde el estómago neutralizó el gusto conocido de la sangre.

Una cinta adhesiva cubrió mis ojos.

—Tú no eres el único duro en este oficio, Kaminsky —dijo la voz de sierra sin ningún tono especial.

Tuve el presentimiento de que algo absurdo estaba ocurriéndome y comprendí inmediatamente que el tipo de la voz cascada sabía lo que se hacía. Nada debilita más a una persona que verse de pronto en una situación violenta que parece ser gratuita. Las emociones se agolpan para chocar contra esa férrea educación democrática que hemos recibido a golpes de discurso desde la más tierna infancia. Quiero decir que sentimos impotencia, necesidad de explicación, dolor, indignación y una furia desatada por la fractura de la norma. La norma que indica que todos los hechos deben acontecer según un orden más o menos lógicos.

Alguien unía mis muñecas sobre los riñones y las envolvía con la misma cinta adhesiva.

Todos los movimientos iban acompañados por golpes dolorosos

con el cañón de la automática. Me partieron los labios, las cejas y los pómulos.

Los golpes, sin embargo, tuvieron sobre mí el efecto contrario al que ellos esperaban.

Mo me aturdieron, sino que me precipitaron hacia un foco de terrible lucidez.

—De pie —dijo la sierra humana.

Cuatro brazos me pusieron de pie y apoyaron mi espalda contra la pared.

—¿Se trata de un nuevo programa sorpresa de la televisión privada? —pregunté.

—Es un bromista, jefe —dijo ahora una voz aflautada, como la de un invertido que ha asumido las veleidades del tercer sexo.

La atmósfera de mi dormitorio olía a multitud de vestuario. Se hizo un repentino silencio.

Calculé que había cuatro tipos. El de la voz de sierra, el de la voz aflautada y los dos matones que me sostenían con la pericia de los profesionales.

Iban a machacarme, y yo ignoraba la razón. No soy ni más ni menos comprensivo que la media norteamericana de los últimos años, pero aquella situación corrió un velo de furia detenida tras mis párpados pegados y resolví participar en el juego como un miembro más del equipo ofensivo... al menos mientras pudiese.

—Comenzamos —dijo la voz de sierra y supe que el marica estaba delante mío.

Lancé una patada frontal rápida y contundente al enemigo imaginario que adivinaba. La patada dio en el blanco y le hundí los dedos encogidos del pie en sus testículos invisibles.

El aullido llevó la voz aflautada a su estilo más puro y oí cómo un cuerpo caía de rodillas sobre el suelo de madera.

Los matones sujetaron con fuerza mis brazos y trabaron mis piernas con las suyas. No tuve tiempo de organizar nada más.

Un golpe duro como el impacto de un ariete vikingo me sepultó el estómago entre los riñones y cuando la náusea trepaba por el esófago, un segundo directo la detuvo en el plexo solar. Abrí la boca para buscar aire y el puño se estrelló contra mi mandíbula. La cabeza golpeó contra la pared como si hubiese dejado de pertenecerme y vi la Vía Láctea perfectamente instalada en mis retinas. Gocé del espectáculo brillante una décima de segundo, porque comenzó entonces la verdadera paliza.

Contabilicé seis *un-dos* al hígado y el estómago antes de perder el conocimiento.

Más tarde supe que habían continuado atizándome durante, al

menos, diez minutos, porque las marcas del ensañamiento cubría mi espalda, los muslos y espinillas, el pecho y todo el rostro.

Tenía el cuerpo paralizado cuando conseguí abrir los ojos. O lo que yo pensé que eran los ojos, porque en realidad sólo pude atisbar ligeramente por entre las pestañas ensangrentadas. Vi las patas de una silla, el resplandor del sol tímido del invierno entrando por la ventana y escuché el goteo de un grifo.

No podía moverme.

Dos pies descendieron de la silla. Eran pies grandes enfundados en calcetines marrones y protegidos por un par de zapatos punteados y hechos a medida.

Uno de los zapatos se apoyó sobre mi oreja izquierda y me aplastó la derecha contra el suelo.

No podía gritar.

—No hay nada personal, Kaminsky. Tienes mil dólares sobre tu escritorio. Cógelos y lárgate durante algunas semanas. ¿Has comprendido el mensaje?

Me estaba reventando el cráneo contra el suelo y yo no podía pensar en su mensaje.

—Soy un mensajero, Kaminsky —continuó la voz de sierra—, sólo un mensajero. La idea es que no aceptes ningún trabajo en Nueva York... digamos... ¿hasta después de Navidad?

El pie aflojó la presión y vi cómo los zapatos se alejaban en dirección a la puerta de salida.

La puerta se abrió, se cerró y los pasos retumbaron en el pasillo y luego en la escalera.

Traté de moverme y conseguí pasarme la lengua por los dientes. Tenía todos los dientes y me alegré estúpidamente. Cuando moví los dedos me encontré con que mis dos manos sujetaban mis partes. Los ojos se me llenaron de lágrimas y la tensión de los músculos del rostro me dolió con tanta intensidad que tuve que abrir la boca.

Tenía los labios rotos en las comisuras de modo que abrir la boca no me hizo feliz.

Respiré con cautela, brevemente, y luego, cuando estuve seguro que una buena bocanada de oxígeno no iba a acabar con mis alvéolos pulmonares, suspiré profundamente.

Una lengua de fuego se paseó a gusto por mi pecho, pero me sentí un poco mejor. Descansé unos minutos, luchando contra los deseos de dejarme estar muy quieto, hasta conseguir dormirme, porque sabía que una paliza metódica practicada por una pandilla de profesionales podía ser algo muy peligroso. No habían querido romperme los dientes porque no habían pensado liquidarme. Sólo me habían llevado al límite de mi resistencia y seguramente tendría todo el cuerpo con el

diseño desagradable de los hematomas violáceos y algunas costillas rotas. El peligro consistía en las lesiones internas. De modo que no debía dormirme y tampoco permanecer inmóvil.

Estiré una pierna y luego la otra. Cuando lo hube conseguido me revolví hasta quedar de espaldas, mirando el mapamundis húmedo del cielorraso.

Mi respiración era la de un *sprinter* en día de olimpiadas.

Lentamente, con mucha precaución, encogí una pierna y me impulsé resbalando sobre el suelo en dirección al cuarto de baño.

Primero una pierna y luego la otra. Pensando siempre en el paisaje imaginario de las manchas del cielorraso, ignorando el dolor, las punzadas, el reclamo sordo y profundo de los golpes recibidos.

Cuando mi espalda rozó las baldosas frías del cuarto de baño me sentí mejor. Mucho mejor.

Llegué junto a la bañera y abrí el grifo. Aguardé inmóvil, estirado en el suelo, hasta que calculé que ya habría quince o veinte centímetros de agua dentro de la bañera y entonces inicié la etapa más dramática del operativo resurrección.

Levanté el brazo derecho y me afirmé en el borde de la bañera. Luego introduce la pierna izquierda y haciendo fuerza con el brazo derecho me icé hasta caer dentro.

Cuando mi cuerpo pasó por encima del borde, todos los demonios sangrientos que recorrían mi carne lacerada iniciaron su aquelarre.

Pero lo había conseguido.

Estaba tendido de espaldas en el agua fría y el dolor remitía lentamente. Sobre todo el dolor del bajo vientre.

Cuando estuve seguro de que no corría el riesgo de perder el conocimiento, me impulsé hacia adelante y hundí brevemente la cabeza debajo del agua, conteniendo la respiración.

Me enjuagué la boca y por fin pude abrir los dos ojos.

El agua de la bañera tenía un desagradable tono rojizo, pero podía soportarlo sin vomitar.

Volví a sentir somnolencia y comencé a quitarme el pijama para mantenerme despierto. Cuando terminé de sacarme el pantalón los hematomas atigraban la piel del pecho y el estómago como una epidemia del siglo XIX.

Me senté. Aguardé un instante y luego me arrodillé. Cogí una pastilla de jabón y me lavé lo mejor que pude. Luego me puse de pie sujetándome de los grifos y salí de la bañera.

Me sentía mucho mejor, pero sabía que en unos pocos minutos el sopor y el dolor generalizado de la paliza retornaría todavía con mayor violencia.

Fui hasta la cama, me dejé caer en ella y cogí la botella de

whisky. Tragué una buena porción y el alcohol estalló a lo largo del tubo digestivo como la sonrisa de un lanzallamas.

Pero devolvió a mis neuronas parte de su actividad. Estiré el brazo, cogí el teléfono y llamé a Buddy Logan.

—Soy Kaminsky.

—¡Maravilloso! ¿Qué debo hacer, bailar una *tarantella*?

—Te necesito ahora, Buddy. Deja las bromas para el Día de Acción de Gracias.

—¿Qué te ocurre? —preguntó y ahora su voz denotaba preocupación.

—Voy a vivir, pero me han atizado a conciencia. Estoy en mi casa.

—Salgo hacia allí.

Dejé caer el auricular y bebí otro trago de whisky. Normalmente no bebo por las mañanas, pero la verdad es que ignoraba si era la mañana, la tarde o el año siguiente.

Con la mano izquierda busqué junto a la pata de la cama, en el lado interior y junto al somier, la pequeña *Beretta* que le había regalado a Gloria cuando todavía teníamos sueños conjuntos, y con ella debajo de la sábana me sentí menos indefenso.

Mi cama estaba frente a la puerta del salón y veía perfectamente, en el extremo opuesto del salón, la puerta de entrada del apartamento.

Si voz de sierra y el pelele aflautado regresaban sabía exactamente dónde les metería los primeros balazos.

Pero no regresaron. Fue Buddy quien entró al cabo de unos pocos minutos y estuvo a punto de volver a salir cuando vio la *Beretta* apuntándole el área de su virilidad.

Apartó la sábana y miró mi cuerpo desnudo.

Se rascó el cabello lacio, limpio y brillante y movió la cabeza con resignación.

—Roger Corman podría utilizarte como modelo de alguna de sus películas de monstruos

—dijo sin ningún humor.

Abrió el maletín y comenzó a fastidiarme.

—¿Cómo fue?

—Una paliza,

—Eso lo podría ver hasta una muñeca de paño.

—Cuatro tipos. Me sorprendieron durmiendo.

—¿A ti? ¿Acaso te estás volviendo viejo?

Presionó ligeramente sobre mis costillas y sentí algo parecido al efecto de un martillo pilón revolviéndome las entrañas.

—Ellos también eran profesionales y yo tenía una pesadilla —

dije, procurando contenerme para no meterle un balazo en la lengua.

—Es increíble, ni una sola costilla rota. Has tenido mucha suerte.

—¿A qué diablos le llamas tú tener mucha suerte?

—Dame un trago, ¿quieres?

Le alcancé la botella y bebió directamente del gollete.

—Necesito estar de pie lo más rápidamente posible, Buddy.

—Sí, eso imaginaba.

Bebió todavía un trago más y luego me miró fijamente.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Kam?

—¿Vas a ponerte sentimental?

—¿Cuántos?

—Veinte... tal vez veinticinco. Yo te quitaba los chicos de encima durante los partidos de *rugby* cuando cursábamos estudios secundarios.

—Desde entonces te he visto apaleado, baleado, enfermo, borracho, arruinado...

—Deja la lista, Buddy.

—...y siempre me has pedido lo mismo: «necesito estar de pie, chico...»

—Eres el médico y también mi mejor amigo.

—No es ninguna satisfacción ser tu mejor amigo, Kam. ¿Sabes cuál es mi idea de la amistad? No, seguro que no lo sabes. Pues bien, yo te lo diré. Mi idea consiste en beber unas cuantas copas luego del trabajo, comentar las incidencias deportivas, criticar la política exterior, reunir a las familias los domingos alrededor de una barbacoa y pelearse porque los chicos de uno tienen mejores calificaciones que los chicos del otro. Las mujeres nos sacarán la piel por lo egoístas que somos y luego nos besarán ostentosamente para demostrar que su amor es puro aunque ligeramente crítico. ¿Lo entiendes?

—Has olvidado las reuniones del grupo de adoradores del yoga y la dieta naturista. No se dignó replicar a mi comentario.

—Pero, ¿qué es para ti nuestra amistad? Una llamada telefónica con voz dolorida, un tono duro y una orden: «Buddy, estoy despedazado...» ¿Qué te parece? Estupendo, Kam, estupendo. Cada vez que pienso en ti siento el olor a desinfectante y lo veo todo rojo, rojo hemoglobina.

—Te he convidado a un trago.

—Yo he tenido que pedirte.

—Está bien, prometo ir a buscarte al consultorio con un ramo de crisantemos y mi sonrisa dentífrica, pero ahora necesito estar fuerte para hacerme cargo de la situación.

—Dime al menos qué fue lo que sucedió.

—¿No te reirás?

—Lo prometo.

—Yo iba en una góndola por el Atlántico con mi padre y mi tío Ike. De pronto, mientras observábamos a los tiburones el tipo que conducía la góndola sufrió un ataque de histeria aguda y trató de atizarnos con la pértiga. Caímos al agua y mi padre o alguien me aferró por los cabellos para impedir que me ahogara. Sólo que no era mi padre, sino alguien que deseaba iniciar un tratamiento de reconstitución física aplicando la técnica del hematoma totalitario. Me taparon los ojos, me ataron los brazos, me pusieron de pie y... el resto está a la vista.

—¿Los conoces?

—No, pero los conoceré. Puedes estar seguro de ello.

—Es absurdo.

—¿Tú crees? —pregunté, burlón.

—¿Qué te dijeron?

—Que debía tomarme unas vacaciones —repliqué, y entonces recordé algo que había olvidado por completo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Buddy, observando mi expresión de idiota estupefacto.

—Echa un vistazo a mi escritorio, por favor.

—¿Qué esperas que encuentre allí?

—Una indemnización.

Buddy fue hasta el escritorio y regresó con un fajo de billetes usados de veinte y cincuenta dólares.

—A mil dólares la paliza puedes hacerte rico —dijo con tanto entusiasmo como un perdedor en la noche de los Oscar.

—Son hábiles.

—Explícamelo —pidió Buddy con una voz impostada, uniendo las manos delante de su rostro de niño sabio—. Explícamelo y prometo admirarte al menos hasta la Noche Vieja.

—Una paliza científica y mil dólares. Muestran los dos extremos del ovillo. Claudico y me largo a disfrutar de un par de semanas de sol o no claudico y me atengo a las consecuencias.

—Podrían haberte hecho la propuesta antes de darte la paliza, hijo —dijo Buddy, pero enseguida añadió—: Está bien, ha sido un comentario idiota. Tú eres el duro del condado. El detective privado de los puños y el plomo. Tenían que demostrar que no son débiles.

—Algo así.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Cuál es el asunto?

—Lo ignoro.

—¿Te has vuelto loco?

—No especialmente, ¿por qué lo preguntas?

Siempre me ha gustado irritar a Buddy y con el tiempo he conseguido verdaderos éxitos en esta materia. Lo vi echar chispas por los ojos y decidí dejar de pincharlo.

—Está bien, no quiero jugar a las adivinanzas. No tengo la menor idea de por qué me dieron la paliza. Hace un mes que estoy en el paro negro, sin una miserable llamada telefónica. Desde el asunto Bolland sólo he recibido periodistas y amenazas, una estupenda combinación para acabar con el buen humor de cualquiera.

Tienes que descansar unas cuantas horas. Me quedaré contigo sosteniendo la *Beretta* por si los chicos malos regresan. Dime cómo diablos se dispara este chisme.

—No es necesario que...

—Estás en mis manos, muñeco. Te pondré una inyección y tomarás unas cuantas píldoras. Yo me ocuparé de que la hinchazón de los hematomas remitan. Tengo algunas fórmulas mágicas. No podré ocuparme de tu virilidad y espero que tú tampoco cometas excesos. Casi acaban con tu carrera de semental.

Sonreí y sentí que el rostro se me caía a pedazos.

Buddy preparó la inyección, me la aplicó en la vena y me dio unas píldoras con leche. Cuando tragué la píldora número cinco ya volaba en pos de Morfeo.

Lo último que vi fue su sonrisa de querubín renacentista satisfecho de sí mismo.

Capítulo II

ME desperté en dos oportunidades, apremiado por una sed monstruosa. Buddy estaba allí y me sostuvo la cabeza para que bebiera un caldo dulzón que en otra situación hubiese escupido.

Soñé con góndolas ocupadas por matones, con cielos cubiertos de hematomas y con voces aflautadas provenientes de una hilera de maniqués a los que faltaba la cabeza.

Y volví a despertarme.

Un sol radiante se colaba por entre los pliegues de la cortina americana y enrejada el suelo del dormitorio. La puerta que daba al salón estaba cerrada y también la del cuarto de baño. Un orden sorprendente reinaba en el cuarto y permanecí unos cuantos minutos reconociendo cada mueble, cada cenicero y cada moldura.

Por fin hice un intento de incorporarme. Sentí un vago dolor en los músculos abdominales, pero conseguí sentarme en la cama. Soporté la ola de mareo que estalló detrás de mis ojos, y cuando hubo pasado me afirmé en la mesilla de noche para ponerme en pie.

Experimentaba una sensibilidad generalizada en todo el cuerpo, pero ningún dolor fuerte o localizado. Entré en el cuarto de baño, abrí la ducha, me desvestí y dejé que el agua tibia primero y fría después, ahuyentara los fantasmas del sedante.

Mientras me sacaba, verifiqué claramente los sitios donde la paliza había dejado sus huellas más desalentadoras. Tenía el pecho y el abdomen teñido de nubes oscuras.

Me estaba vistiendo cuando entró Buddy en el dormitorio.

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien.

—Has dormido cuarenta y ocho horas.

—¿Qué dices?

—Era el tiempo que necesitabas para recuperarte. No hubiese podido retenerte contra tu voluntad y seguramente ha sido el único modo de evitar una discusión bizantina contigo. Échate en la cama.

—Estoy bien.

—El médico soy yo. Tenía razón.

Me eché en la cama y dejé que actuara.

—Una excelente recuperación. Con un poco de ejercicio y aire puro estarás perfectamente en un par de días.

—¿Y tú?

—Birdie se quedó contigo cuando tuve que salir. Vendrá dentro de una hora. Tengo que marcharme.

—No será necesario, ya puedo hacerme cargo de mis dolencias.

—No puedes salir, chico. Te llamarán por teléfono a las tres exactamente.

—¿Quién?

—No lo sé, pero tenía la voz de un ogro alimentado con ácido sulfúrico.

La sierra humana.

—¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—¿No ha habido más llamadas?

—Algunas, pero sin importancia.

En ese instante sonó la campanilla del teléfono.

Buddy movió la cabeza con su gesto preferido, de resignación recurrente.

—Kaminsky —dije.

—Mi nombre es Bolland, Kaminsky. Mi jefe tiene intención de entrevistarse con usted.

¿Le parece bien a las cuatro?

—¿Quién es su jefe, Bolland?

—Se presentará él mismo en su despacho. Créame, es preferible hacerlo de ese modo.

—Lo siento, Bolland. Ya he soportado demasiados misterios durante los últimos días. Uno más me convertiría en un chico triste. ¿Me comprende?

Hubo un minuto de silencio en la línea y entonces una voz profunda y suave se hizo cargo del auricular.

—He venido especialmente desde San Francisco para hablar con usted, señor Kaminsky.

Señor Kaminsky...

—¿Con quién tengo el placer...?

—Frank Silvestre.

Frank Silvestre era un pez gordo de la Organización, que dirigía un sector importante de la Costa Oeste. No era tan conocido como Reagan pero tampoco le interesaba aparecer en las portadas con una sonrisa de vaquero simpático.

—¿Qué ocurre en su Organización? Creía que ustedes eran capaces de todo cuando tenían dificultades.

—Me han hablado de usted, Kaminsky.

Kaminsky, había olvidado el señor Kaminsky...

—¿Quién?

—Tengo muchas fuentes de información —dijo Silvestre con voz neutra.

—Entonces no me necesita. Recorra a esas fuentes y todos seremos más felices.

—También me comentaron su extraño sentido del humor, Kaminsky. Hay quince mil dólares por el trabajo.

—Una suma interesante —reconoció.

—Me gustaría hablar con usted personalmente. Sólo me llevará media hora explicarle el asunto. Si usted rechaza mi proposición, le entregaré quinientos dólares por el tiempo que le he hecho perder. ¿Le parece razonable?

—Muy razonable.

—¿A las cuatro y media entonces?

—Le espero, Silvestre.

Antes de colgar el auricular me pareció escuchar una risilla, pero no le di mayor importancia.

—¿Es el Silvestre que yo me imagino? —preguntó Buddy.

—El mismo.

—Me gustaría hacerte una pregunta, amigo.

—Adelante.

—¿No crees que te resultaría más sencillo meterte el cañón de la pistola en la garganta y apretar el gatillo?

—Tal vez, pero soy un cobarde.

Buddy cogió el maletín, se echó el abrigo sobre los hombros y se dirigió a la puerta. Antes de salir se volvió y me miró como si tuviese dolor de muelas.

Haz un poco de ejercicio durante el fin de semana y toma las píldoras. No te protegerán de una ráfaga de metralleta, pero al menos sucumbirás con estilo.

Me envolví en una manta, fui hasta la ventana, la abrí y saqué medio cuerpo fuera, a los cinco grados bajo cero de diciembre.

—¡Eh, Buddy!

Levantó su rostro aniñado y me miró.

—Eres un tipo estupendo, Buddy.

Y cerré la ventana temblando de frío.

Me vestí delante del espejo para sentirme acompañado. El traje de pana verde, un jersey abrigado con el cuello alto, botas y una sonrisa de labios partidos.

Estaba dejando de gustarme cuando la campanilla del teléfono volvió a repicar. Miré mi reloj. Eran las tres.

—Kaminsky —dije.

—Enhorabuena, héroe —dijo la voz de la sierra humana.

—¿De qué te ocupas ahora, ángel? ¿Dices chistes por teléfono? La risa que soltó fue como el eructo de un dragón.

—¿Tienes la pasta?

—La tengo. También tengo el cuerpo dolorido.

—No hubo nada personal, es el tratamiento profesional. Tú lo comprendes, muchacho.

¿No es cierto?

—Volveremos a vernos, ángel.

El dragón volvió a eructar, y enseguida añadió con serenidad:

—Escucha, genio. Si eres inteligente, y me han dicho que lo eres, cogerás los mil pavos y te buscarás un hermoso rincón para pasar algunas semanas. Cuando llegues allí pones un anuncio en el periódico con tu nombre y un apartado de correos y te enviaré otros cinco mil para que contrates prostitutas caras. Me gusta ser razonable, genio.

—No.

—Piénsalo. Es mejor para tu salud que permanezcas desocupado durante las próximas cinco semanas.

—No.

—¿Por qué no eres razonable, genio?

—No me gusta que una pandilla de alcahuetes me despierte en mitad de la noche y me golpee. No me gusta el tono de tu voz y tampoco el aliento del marica de la voz aflautada. El color de tus zapatos es desagradable y creo que trabajas para uno de los chacales de Nueva York. ¿Crees que este monólogo te dará en qué pensar?

Colgué el auricular.

Encendí un cigarrillo y dejé que la campanilla sonara diez veces. Entonces atendí la llamada.

—Eres hombre muerto, Kaminsky.

—Hace años que las bravatas de los capullos como tú sólo me sirven para reírme solo y por las noches, ángel. Será un placer ver tu lindo hocico otra vez. Ah, y no te olvides de traer a Miss América y a los dos matones famélicos. Habrá confites para todos.

—¿Por qué no eres razonable, genio? —repitió como un gramófono.

—Algo más, basura. Dile a tu amito que tarde o temprano llegaré hasta él. Todos somos humanos, ángel, y sangramos cuando nos abren las venas. ¿Entiendes el mensaje?

Volví a colgar el auricular y aplasté el cigarrillo en el cenicero. El sabor del tabaco me producía náuseas.

Escuché pasos en el pasillo y sonreí. Esos pasos eran únicos.

—Adelante —grité antes de que golpearan en la puerta.

Birdie entró con su sonrisa perfecta en el rostro avejentado. Yo le había regalado la sonrisa varios años atrás y me había costado dos mil dólares. Desde entonces sólo parecía sonreír para mí.

—Salud, jefe.

—Gracias por tu asistencia, Birdie.

—No ha sido nada, además usted tiene buen whisky y calefacción. ¿Ha comido?

—Todavía no.

—Estupendo, en un minuto preparo algo. ¿Le sorprende?

—Sí, hazlo Birdie.

Birdie Loomis medía un metro sesenta y cinco centímetros, tenía el cabello pelirrojo y la piel cubierta de pecas. Era delgado como un junco y ágil como un gato. Había sido bailarín profesional durante cuarenta y cinco años. Comenzó con buen éxito hasta que murió su mujer. Es uno de los pocos casos que conozco en que un tipo se hace pedazos por dentro y por amor. Birdie no se había dedicado a la bebida ni había intentado suicidarse. Simplemente se había desintegrado por dentro. Cuando yo le conocí, trabajaba en un salón de baile en el Bronx y sacudía la osamenta de gordas blancas y negras que se sentían como Ginger Rogers.

Birdie es un tipo muy independiente y yo también, de modo que formamos un buen equipo. Él vive en una habitación muy pequeña que en años pretéritos servía para que durmiera el servicio de la adinerada familia de una de las plantas del edificio donde yo había tenido mi despacho.

Yo me había mudado hacía ya quince años y Birdie continuaba allí, como un ejemplo de permanencia y fidelidad.

Éramos amigos, algo que cada día cuesta más afirmar de dos personas. Comimos juntos, apartando los papeles que cubrían mi mesa de escritorio. Fue una comida estupenda, en el mejor estilo de Birdie.

—Escucha, Birdie, ¿has traído tu artillería?

—Sí, jefe —sonrió, y sacó el enorme Colt Frontier de debajo de su cazadora de cuero.

—Bien. A las cuatro y media vendrá un pez gordo a verme. Seguramente traerá a sus gorilas.

—¿Son los mismos que le han atizado?

—No. Quiero que tengas el cañón dispuesto en mi dormitorio. Si se produce algún incidente enciende la mecha. ¿De acuerdo?

—Sí, jefe.

Cuando bebíamos el café comenzó a nevar. Por la ventana veía la cortina de copos y la fachada del edificio del otro lado de la calle como en una postal navideña.

Serví dos copas de whisky y entregué una a Birdie.

Bebimos en silencio, gozando de la atmósfera tibia y de algún que otro pensamiento estimulante. Hasta que escuchamos los pasos en el pasillo.

Birdie cogió su copa y se encerró en el dormitorio.

Yo me senté detrás del escritorio, metí la mano derecha dentro del cajón superior y aferré la escopeta de cañones recortados.

Alguien golpeó la puerta.

—Está abierta —dije.

Un tipo bajo, delgado y bien proporcionado, como un peso *welter*, entró en el salón. Tenía el rostro moreno y una sonrisa atractiva. Vestía un traje caro y llevaba la gabardina blanca sobre los hombros.

—¿Kaminsky?

Pensé lanzarle una pulla a propósito de su pregunta, pero deseché la idea.

—Sí, ése soy yo —dije a cambio.

—Mi nombre es Bolland.

Se hizo a un lado y entró Frank Silvestre.

Yo le había visto en más de una fotografía, todas ellas vinculadas a alguna acción poco edificante para la juventud norteamericana, pero ahora, personalmente, me pareció más impresionante.

Era alto como yo, tal vez un metro ochenta y cinco, y pesaba al menos ciento treinta kilos. Su traje oscuro no había sido adquirido en los saldos de Macy's. Parecía un diplomático inglés durante aquellos tiempos gloriosos del imperio. Sólo que Silvestre había nacido en las proximidades de Palermo en la década de 1910.

Bolland acercó un sillón delante del escritorio y el peñón humano se sentó pesadamente.

—Tenía muchas ganas de conocerle, Kaminsky.

—Lamento no poder decir lo mismo. No me gustan los gángsters. Es un defecto que arrastro desde mi infancia.

Su rostro ancho, lleno de pliegues, se distendió en una sonrisa y los ojillos negros, pertrechados tras unas cejas negras como el pecado y tupidas como la crin de un pura sangre, brillaron con interés.

Bolland estaba apoyado contra el dintel de la ventana y parecía muy interesado en lo que ocurría en la calle, dos plantas más abajo.

—¿Por qué le han dado la paliza, Kaminsky? No, no me lo diga. Es producto de su ingenio, ¿me equivoco?

—¿Qué desea de mí, Silvestre?

—Señor Silvestre —dijo Bolland.

—Está bien, Marty. Déjalo —intervino Silvestre.

—Sí, déjalo Marty. Estás muy elegante para perder el tipo tan temprano. El matón sonrió y me gustó que no se enfadara.

—Marty podría meterte un balazo en la oreja antes de que usted parpadeara —aseguró el hampón.

—Es posible —admití—, pero antes de perder mi capacidad auditiva desparramaría sus tripas imperiales por todo el salón. Le diré una cosa Frank... ¿puedo llamarlo Frank? Le diré una cosa, como muestra de buena voluntad. Tengo una escopeta de cañones recortados que apunta directamente a su chaleco de trescientos dólares.

Y sonreí.

Silvestre también sonrió y luego miró a Marty.

—¿Qué te parece, Marty?

—Un chico listo —replicó el mató, sólo que parece haberse descuidado un poco. Tiene la cara a la miseria. Debe haber sido una buena pelea. ¿Qué le ocurrió al otro?

—Poca cosa, el *otro* eran cuatro —dije. Percibí un movimiento incómodo en Silvestre.

—¿Cuándo fue? —preguntó.

—Hace tres días.

Metió la mano dentro de la americana y sacó un billetero. Eligió cinco deliciosos billetes de cien pavos y los depositó delante mío. Luego sonrió.

—Quiero que busque a mi hijo Gino —dijo entonces.

—¿Por qué?

—Por quince mil dólares, Kaminsky.

—¿Por qué yo?

—Porque conoce el hampa, conoce a la policía, tiene contactos y una fama de duro que va a serle muy necesaria. No le voy a ocultar que se trata de un trabajo peligroso.

—Si decido aceptarlo.

—Lo hará, créame que lo hará —dijo el guardaespaldas.

No le presté la menor atención. Es preferible entablar negociaciones con el dueño del tinglado.

—Gino desapareció de su apartamento de Nueva York hace una semana. Esperé sus noticias y cuando decidí que no me llamaría busqué consejo. Me hablaron de usted.

—Tal vez se haya marchado con una mujer o no desee verle.

—Gino y yo estamos muy unidos —dijo con tristeza.

Detecté en Bolland una mirada de comprensión por el dolor del viejo hampón.

—¿Cómo es el tal Gino? Me entregó una fotografía.

Era un muchacho de unos veintiocho años, bien parecido, del tipo latino irresistible, pero que no tenía la expresión petulante del

conquistador profesional. Parecía, en todo caso, alguien que está conforme de sí mismo, y que acepta esa conformidad con un aire natural.

También me gustó su aspecto.

Estaba simpatizando demasiado con mis nuevos visitantes.

—Parece un buen muchacho.

—Es un buen muchacho —aseveró Silvestre con orgullo—, El mejor.

—¿Qué ocurrió con él? ¿Decidió apartarse de los negocios familiares? —lo azucé.

Me miró con más aplomo del necesario y barrió el aire delante de su rostro de morsa con un gesto que pretendía alejar mis palabras.

—Es médico, pero no ejerce. Escribe obras de teatro para los grupos *underground* y se gana su propio dinero. Es un chico estupendo.

—Y lo han secuestrado —intervino Bolland.

Silvestre lo miró con dureza y Bolland volvió a solazarse con el paisaje de la calle.

—¿Acepta el trabajo, Kaminsky?

—No me ha dicho mucho, Silvestre.

—Le daré todos los detalles si acepta el trabajo. Son detalles comprometedores pero sé que puedo confiar en usted si está bajo contrato.

—¿Conoce a un matón que tiene la voz parecida al sonido de un tubo de escape averiado? Le acompaña uno de esos muñecos que son incapaces de convertir los penalties. Un marica de voz aflautada.

Lancé el comentario sin ninguna razón aparente, pero percibí el movimiento en los ojos de Marty, para quien la calle había perdido todo el atractivo.

Silvestre se frotó las manazas y detecté un ligero temblor en sus dedos gordos como *bratwursts*.

—Gente del norte —dijo Marty.

—¿Cree que tiene que ver con la desaparición de Gino? —pregunté sin demasiado interés.

—Sí, eso creo —asintió Silvestre.

—Está bien. Acepto —dije.

El rostro de morsa me miró con una nueva luz.

—¿Por qué se ha decidido con tanta rapidez? —preguntó.

—Porque Zeke Dolby y Finny Merlín le han dado una buena paliza, jefe —intervino Marty.

—Eres muy listo, Marty —dije—. Tienes un cerebro bien aceitado.

Sonrió sin alegría, pero se apartó de la ventana y tomó asiento en una silla, junto a su jefe.

Yo saqué la mano de dentro del cajón y puse la escopeta con los cañones recortados encima del escritorio.

Marty desenfundó con rapidez y me apuntó al rostro con un Smith & Wesson del 38 *Special*.

Le dediqué una sonrisa.

—¿Todo bien, Birdie? —grité.

—En su justo punto, jefe —replicó la voz cantarina desde mi dormitorio. Marty devolvió el revólver a su funda y encendió un cigarrillo.

—Bien —dije, sacando la botella y copas limpias de otro cajón de mi escritorio—, ahora que todos sabemos que somos chicos listos y bien dispuestos... ¿por qué no bebemos un whisky y vamos al asunto?

Bebimos en silencio y, una vez que hube vuelto a llenar las copas, Silvestre comenzó a hablar.

—Gino se desentendió de la familia en cuanto ingresó en la universidad. Yo lo acepté porque el chico valía mucho, tenía decisiones firmes y su madre apoyó su iniciativa. Durante los primeros años algunos de mis hombres lo vigilaban, pero luego dejaron de hacerlo. Gino me llamó por teléfono y me dijo, textualmente, incluso me parece oírlo en este mismo instante. Me dijo: «Papá, acaba con la vigilancia. Te lo pido por favor y por única vez.» Sí, señor, un chico con mucha personalidad. Cuando obtuvo su licenciatura en medicina ya había escrito dos obritas de teatro. A mí no me gusta lo que escribe pero tiene éxito en el Village. Trabajó tres años como médico en un hospital psiquiátrico y luego lo dejó. Sé que era muy bueno en lo que hacía y los enfermos le querían mucho. Pero deseaba escribir. Desde entonces sólo nos veíamos para las fiestas familiares y nos llamábamos por teléfono dos o tres veces a la semana.

—Una familia muy unida —dije sin ánimo de burlarme. Me gustan las familias unidas, aunque algunas de esas uniones terminen en un dulce intercambio de plomo.

—Sí, una familia muy unida. Y es porque estamos muy unidos que ha ocurrido todo.

—¿Qué es todo? —pregunté.

—Todo es Blake Mariello —replicó Silvestre.

—Zeke Dolby y Finny Merlín trabajan para Mariello —añadió Marty.

Capítulo III

—**SEGURO** que usted conoce el por qué, Silvestre.

Se inclinó hacia adelante en su butaca y se frotó las palmas de las manos delante del pecho, estirando y separando los dedos. No era un gesto muy común y por eso lo noté,

—Es tan simple que hasta parece ridículo. Verá, Kaminsky... me estoy haciendo viejo y la competencia es grande. Mariello y yo somos los dos únicos candidatos para un negocio importante. Yo tengo el dinero para hacerme cargo y Mariello pasa por una situación ligeramente difícil. Si él tiene a mi hijo, en el momento del ofrecimiento yo me abstendré y él se quedará con el negocio.

—Creí que la Organización había dejado de aplicar esos métodos —sonreí.

—Eso es cierto. Pero Mariello se juega mucho. Tiene cuarenta años y es muy ambicioso.

—Si usted da parte a la Organización ellos se ocuparán de que Mariello se muera de hambre —insistí.

—Sí, es posible —dijo Silvestre, inspeccionando las inmensas palmas de sus manos—, pero no estoy seguro de que Gino salve su vida. Conozco a Mariello. Creo que está desequilibrado y sus matones son dignos de él.

—Doy fe de ello —acepté.

—¿Buscará a mi hijo?

—Lo haré.

Se puso en pie con esfuerzo y me tendió la mano derecha. La estreché y noté su vitalidad.

—Puede llamarme Frank —dijo.

Bolland también se puso de pie y me tendió la mano. La estreché y me entretuve observando su sonrisa burlona. Cuando habló, sin embargo, no había ningún humor en su voz:

—Puedes llamarme Marty, Kaminsky.

A continuación sacó un sobre y lo puso en mi mano. Dentro había catorce mil quinientos dólares y un papel escrito.

—¿Cuándo se pondrá en contacto conmigo? —preguntó Silvestre.

—El lunes por la noche.

—Pero... hoy es viernes —dijo.

—Necesito un par de días para ponerme en forma. Suelo trabajar

a conciencia, Frank. No voy a ir en busca de la jauría de Mariello sin asegurarme de que mis músculos funcionan.

Sonrió resignado.

Marty se dirigió a la puerta y la abrió.

—Espero su llamada, muchacho dijo Silvestre dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Cuál es el negocio, Frank? Mi pregunta lo detuvo.

—¿De verdad quiere saberlo? ¿Podría cambiar de opinión si mi respuesta no le satisface?

—Depende.

—Entiendo. Me hablaron de su extraño sentido de la ética. Algo que se ha perdido. Bien, no se trata de drogas ni de prostitución. No me ocupo más que de apuestas, algún tipo de juego y negocios inmobiliarios.

Nos miramos un instante y luego salió. Marty cerró la puerta con delicadeza y Birdie entró con el Colt en la mano.

No parece mala persona, jefe.

—No, no lo parece.

Birdie cogió los billetes y lanzó un silbido.

—Jamás he visto tanto dinero en toda mi vida —dijo, y sonrió con la sonrisa que me debía.

—Dos mil dólares son tuyos, Birdie.

Abrió los ojos como un bebé ante su primer sonajero.

—¿Por qué? —preguntó.

—Tal vez necesite tu ayuda en este negocio y hasta es posible que algún día debas dejarme tu cuarto. Es peligroso.

—Eso no vale dos mil dólares, jefe. Somos amigos. —Somos amigos y quiero que te quedes los dos mil. Los miró durante un momento y luego los hizo desaparecer dentro de la cazadora.

No podría quejarme, había sido una mañana productiva.

—Hazme un favor, Birdie.

—Lo que sea, jefe,

—Me marchó durante el fin de semana. Quiero que deposites en mi cuenta doce mil dólares. Me quedará con dos mil.

—Eso está hecho.

—Bien. Te llamaré el lunes. ¿De acuerdo? Jefe, puedo quedarme aquí y...

—No, gracias, Birdie. Ya estoy bien.

Estaba incómodo y no sabía cómo hacer para marcharse. Sonreí y él hizo otro tanto. Luego giró sobre sus pies y fue hasta la puerta regalándome una impecable exhibición de claqué.

Quando salió, guardé la escopeta en el cajón del escritorio,

devolví la Beretta a su escondite, debajo del somier, y comprobé la carga del Magnum. Me colgué la pistolera y me sentí menos desnudo. Antes de salir recogí la fotografía de Gino Silvestre y mi *anorak* con capucha.

Cerré la puerta con doble llave y me dirigí al tejado. Continuaba nevando y la proximidad del ocaso convertía la tarde en una mortaja helada.

Salté al terrado contiguo y descendí por las escaleras hasta el callejón posterior. Era mi salida de emergencia. Si los chacales de Mariello estaban esperándome en la calle se llevarían una sorpresa.

Caminé durante un centenar de metros y cogí un taxi.

Detrás de la fotografía de Gino estaba su dirección. Vivía en el Village. Sería un lindo paseo desde mi barrio, en el límite de Harlem.

El chófer miró mi rostro por el retrovisor y chasqueó la lengua. Casi pude adivinar sus pensamientos: mi barrio no era el adecuado para un niño blanco.

El chófer era negro y creía en todo lo que pensaba.

Bajé del automóvil y le entregué veinte dólares. Me miró con ojos experimentados.

—Puede quedarse con la vuelta.

—Gracias, jefe.

Se alejó y yo miré el edificio que tenía del otro lado de la calle. Era un edificio de ocho plantas que había pasado por todas las épocas progresistas de la cultura *underground* que más tarde fue aceptada, difundida y pagada por el mecanismo todopoderoso del espectáculo.

En la planta baja, el portal aparecía flanqueado por dos comercios que todavía estaban abiertos. El de la izquierda correspondía a una casa de venta de uniformes de todo tipo. En el escaparate había una especie de andrógino de material plástico vestido con el traje de gala de Göering.

El comercio de la derecha era una tienda de productos macrobióticos que ostentaba un letrero sencillo. En el letrero decía: *Lo que usted llama salud es su epitafio.*

No fue suficiente para que me decidiera a dejar el whisky o los sofritos de Birdie.

Entré en el edificio y miré las señas en los buzones. El apartamento de Gino se hallaba en la séptima planta. Crucé el portal, abrí la cancela y me encontré en un agradable vestíbulo que olía a marihuana y a aceites estimulantes del lejano oriente. Una mujer gorda, de edad indefinida, vestida con una bata de seda china y con el cabello transformado en cientos de serpientes trenzadas leía un comic del Hombre Araña.

Cuando pasé a su lado vi que el Hombre Araña se descolgaba

desde el último piso del Waldorf Astoria sujeto a la cuerda de chiclet que brotaba de su anillo de sello.

No me interesaba el final de la historieta, de modo que subí al ascensor y marqué el número siete.

Había cuatro puertas en el descansillo, aunque sólo eran reales. La número cuatro, tal como pude comprobar, había sido pintada por un artista de la imitación.

Moví el picaporte y la puerta se abrió.

—¿Quién es usted?

La voz provenía de una mujer espléndida, comprobación que no me resultó difícil de realizar por cuanto la iluminación del apartamento era verdaderamente especial. Focos modernos que lanzaban sus haces contra paredes infinitamente blancas. Ella permanecía en el centro del salón con expresión reflexiva. Tenía el cabello ondulado, negro y ligeramente desaliñado. El rostro delgado, con los pómulos prominentes de las modelos profesionales, los labios carnosos de las divas del cine erótico y una mirada profunda de ojos verdes, típica de las más prestigiosas hipnotizadoras internacionales.

El cuerpo era algo aparte.

Llevaba un jersey de lana de angora, suave, delicada y tibia. El escote del jersey indicaba dos detalles sugestivos. El primero, que no llevaba corpiño y el segundo que no lo necesitaba en absoluto. Los pechos eran grandes, redondos y erectos. Los tejanos de pana, en color rosa como el jersey y las botas de cuero, se adherían a sus piernas perfectas como la caricia de un desalmado.

—Estoy buscando a Gino —respondí.

—Gino no está.

Su voz era agradable, pero el tono que empleaba resultaba demasiado firme.

—¿Sabe dónde puedo hallarlo?

—Aún no me ha dicho quién es ni por qué ha entrado sin llamar. No parecía asustada, ni siquiera indignada, sólo fría.

—Podría hacerle la misma pregunta, ¿no cree?

—Sí, siempre que demuestre que usted paga parte del alquiler del piso. ¿Es así?

—¿Lo paga usted?

—Exacto.

—¿Vive con Gino?

Lanzó una carcajada deliciosa y se sentó en una butaca.

—Es mi chiste preferido —dije.

—Gino es un muchacho estupendo y muy independiente. Tengo una habitación para mí cuando vengo a Nueva York.

—Entiendo. ¿Cuándo le vio por última vez?

—Mi nombre es Anne.

—Precioso nombre. Yo soy Kaminsky.

—Y sus amigos le llaman Kam —dijo ella sin dejar de sonreír.

—Puedes llamarme Kam.

—¿Eres escritor? —preguntó.

—No, ¿te doy esa impresión?

—¿Actor?

—Tampoco.

—Todos los amigos de Gino tienen que ver con el teatro.

—¿Tú también?

—En ocasiones. Hago los decorados.

Nos miramos intensamente y fuimos conscientes de que algo nos reunía, algo tan palpable como una caricia.

Me senté delante de ella, de espaldas a la puerta. Terna un foco encendido a mi lado, en el suelo, del que brotaba un agradable calorcillo.

—Estoy buscando a Gino —dije,

—Vendrá en cualquier momento. Su novia está en París desde hace un par de semanas y no regresará hasta el mes próximo. Gino es del tipo fiel.

—Todo un personaje —comenté.

—¿Para qué le buscas?

—Verás... —comencé, sin saber hasta qué punto podía confiar en ella, o hasta donde convenía involucrarla—, necesito hablar con él.

Me examinó con sus ojos verdes y fue toda una aventura.

—Tal vez pueda ayudarte. Soy su mejor amiga.

Entonces ocurrió algo. Ella desvió ligeramente la mirada de mi rostro y la posó en algo que había a mi espalda. Su boca se abrió en un gesto de estupefacción y cerró las piernas.

Cogí el reflector que tenía a mi lado, me dejé caer hacia el costado y lo arrojé hacia la puerta de entrada casi sin mirar. La fuerza hizo que el cable eléctrico se rompiera y se produjo un apagón. Para entonces el foco incandescente dio de lleno en el rostro de un tipo corpulento que lanzó un alarido de dolor y retrocedió violentamente. Yo me puse en pie y corrí hacia él. Cuando su espalda chocó contra la puerta cerrada lo pateé en el estómago y le apliqué dos *jabs* cortos en la mandíbula.

Tenía los huesos duros, pero yo soy un buen pegador. Cayó sentado.

Cerré la puerta con llave y me volví hacia Anne.

Me miraba a la luz pálida que filtraba desde la calle y desde el cielo sucio del anochecer.

—¿Dónde están los plomos?

—Detrás del cuadro de los caballos —dijo con aplomo.

Quité el cuadro que estaba junto a la puerta, abrí la tapa de la caja y comprobé que había instalado un interruptor de seguridad. Accioné la palanca y las luces volvieron a encenderse.

—¡Dios mío! —exclamó Anne.

—Tráeme un poco de agua y una toalla —dije.

El tipo tenía el rostro ensangrentado, la nariz destrozada y multitud de cristales incrustados en la carne.

Registré sus ropas y encontré una automática idéntica a la del matón que me había golpeado en la cama tres días antes. Me la guardé en el bolsillo del *anorak* y le quité el billetero. Llevaba cincuenta dólares pero ninguna documentación.

Anne se inclinó a mi lado con el agua y la toalla.

—Déjalo, creo que será mejor que nos larguemos.

—¿Te has vuelto loco? Este hombre se va a desangrar.

—No lo creo.

Fui hasta la ventana y eché un vistazo a la calle. Un Chevy negro aguardaba junto al bordillo.

Corrí hacia la puerta y la abrí unos centímetros. No había nadie. Me acerqué hasta el hueco del ascensor. Alguien subía y desde mi posición sólo pude ver dos sombreros. No había que ser un genio para deducir que era muy difícil que aquel edificio incluyera habitantes con sombreros.

Regresé al apartamento, cerré la puerta con llave y apagué la luz.

—¿Hay otra salida?

—Sí, por la escalera de incendio.

—Bien, ponte el abrigo y ven conmigo.

—Pero...

—Te lo explicaré todo en cinco minutos, pero date prisa. Los amigos de Cara con Sangre están al caer.

Cogió un largo impermeable forrado y con capucha y se lo puso con rapidez. Se colgó un bolso grande de cuero al hombro y me miró expectante.

Fuimos hasta la ventana del otro cuarto y salimos al descansillo de la escalera de incendios.

Batimos todos los récords de descenso y saltamos al callejón lateral.

—Vamos, Anne. Haremos una pequeña comedia. Tú y yo nos amamos hasta el delirio. Pasé un brazo sobre sus hombros y salimos a la acera. El Chevy estaba a unos diez metros. Junté mi rostro al de ella y la besé en los labios mientras cruzábamos la calle y torcíamos en dirección a la siguiente esquina.

Llamé un taxi y le di una dirección de la Quinta Avenida.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó.

—No.

—Es igual, fumo muy poco. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Deténgase un momento, por favor —dije al chófer.

Descendí del coche y entré en un *drugstore*. Compré cigarrillos y dos botellas de whisky. Cuando entré en el coche Anne sonreía.

La entregué una cajetilla de cigarrillos y continuamos la marcha.

—¿Cómo se llama tu técnica de seductor: *un beso después de la batalla*?

—Lo siento. No lo digo por el beso, sino por la batalla.

—¿Quién eres?

—El padre de Gino me ha pedido que le busque. Su rostro mostró una auténtica sorpresa.

—Pero... ¿por qué?

—Porque le han secuestrado.

Encendió un cigarrillo, aspiró una bocanada y luego soltó el humo muy despacio.

La nuca del chófer desapareció tras la voluta y casi pude escuchar los sonidos que hacía el cerebro de Anne.

—Nevará toda la noche —comentó el chófer.

Capítulo IV

EL restaurante era un pequeño sótano oculto por grandes macetones cubiertos de nieve, situado a treinta metros de la Quinta Avenida. Era temprano todavía y los pocos clientes se entretenían con sus cócteles sentados a la barra.

Hice una señal al barman y le señalé una de las mesas, en el extremo del local.

—Hacía tiempo que no le veíamos, señor —dijo el camarero cuando Anne y yo estuvimos sentados.

—¿Qué bebes?

—Vodka y zumo de naranjas.

—A mí tráeme un whisky doble.

—¿Estoy metida en una aventura policíaca? —preguntó Anne, cuando el camarero se alejó.

—No si te alejas del piso de Gino.

—¿Qué ocurre? Puedes confiar en mí —estiró las manos y cogió las mías por encima de la mesa.

Recordé que Gloria solía hacer lo mismo en nuestras mejores épocas, cuando yo estaba en carrera hacia altos designios del funcionariado neoyorquino.

—Dime, ¿tú sabes quién es Gino?

—Creo que su padre tiene algunos negocios sucios en la Costa Oeste. Él quiere mucho a su familia pero hace una vida independiente.

—Bien. Ha sido secuestrado por un pez gordo y violento llamado Blake Mariello para evitar que el padre de Gino gane la opción de un negocio importante.

—Pues... que el padre de Gino abandone el negocio y entonces recuperará a su hijo...

—Esa lógica no puede aplicarse a la Organización, muchacha. Si el gran Silvestre da cuenta de los hechos a sus compinches Mariello está lo suficientemente loco como para matar a Gino. Obviamente, no puede contar a la policía. Por dos razones; la primera: que no darían con el muchacho a tiempo, y la segunda que Silvestre sería crucificado por los suyos. En cuanto a lo que tú has sugerido, que renuncie a competir por el negocio... eso acabaría con él, con su prestigio y con toda su familia. Por lo tanto, ha acudido a mí.

—¿Quiénes te han castigado de ese modo? —preguntó entonces.

Yo había casi olvidado mi aspecto de peso pesado que acaba de salir del ring tras una derrota a diez asaltos.

—Los chicos de Mariello, sólo para darme un anticipo. Cuando me golpearon Silvestre ni siquiera se había puesto en contacto conmigo. ¿Te haces cargo?

—¿Y el sujeto que entró en el piso...?

—Era uno de ellos.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo y su expresión se puso muy tensa.

—Tú me ocultas algo —dije.

—Ese tipo ya había estado en el apartamento de Gino. Unos diez minutos antes de que tú llegaras. Dijo que se había equivocado de sitio. Me pareció extraño. Su aspecto no es el de un habitante del Village.

—De modo que ahora saben quién eres. ¿Puedes irte de Nueva York? Quiero decirte si conoces algún sitio seguro donde desaparecer durante algunos días,

—Tengo algunos amigos, pero...

—Escucha, esos tipos no bromean.

—Pero... yo no sé nada, no tengo nada que ver en el asunto.

—Tal vez crean que tú me conoces y hasta que les convenzas de que si no es así puedes pasarlo muy mal.

—¡Es absurdo! —gritó, indignada.

La comprendí muy bien. Todas las injusticias, los atropellos, las desigualdades son acontecimientos que aparecen en las primeras planas de los periódicos o en la televisión como si pertenecieran a otras personas, a otras condiciones de vida, a otro mundo. Cuando comprendemos que estamos hundidos hasta el cuello en la misma basura entonces nos sentimos estafados.

Anne se calmó enseguida, bebió un trago de su combinado y me miró sonriente.

—Lo siento —dijo—. Soy una estúpida.

Esta vez fui yo quien le cogió las manos, Cuando se inclinó hacia adelante no pude dejar de admirar los senos aceitunados que presionaban contra el escote del jersey.

—Eres una mujer muy hermosa, Anne. Me siento responsable. Si esos hijos de perra te cazaran, entonces...

Estaba convirtiéndome en un sentimental pero, extrañamente, no me importaba demasiado.

Esa mujer me gustaba y era mucho más de lo que podía decir de mis relaciones heterosexuales de los últimos años. Desde que Gloria decidió que mi actividad de abogado pobre no era comparable con un apuesto mastín cuya ambición era la de convertirse en fiscal del

distrito antes de cumplir los treinta y cinco años. El mastín no lo había conseguido, pero, a cambio, tenía un bufete cinematográfico en Washington y ganaba más dólares que un jeque.

No la culpo, ni la culpé entonces. Cada uno tiene derecho a luchar por la vida que le merece mejores perspectivas.

En mi caso, las perspectivas más alentadoras apuntaban a la mujer que tenía delante.

—Haré una llamada y veré si puedo arreglarlo —dije.

—No te molestes por mí, Kam. Ya tienes bastantes problemas. Puedo coger un autocar y pasar varios días en cualquier sitio. Tengo dinero y unos días de vacaciones.

Fue en ese momento en que cometí un error. O tal vez no fue una equivocación. Pero jamás en mi historia de solitario de la investigación comprometí a nadie en uno de mis trabajos. Por lo menos, a nadie que me produjera las sensaciones que me estimulaba Anne.

Llamé al camarero y le pedí un teléfono.

Trajo el aparato y lo enchufó debajo de la mesa.

—¿Te pones en mis manos, muchacha?

Sonrió como Penélope el día en que vio aparecer la barca de Ulises, o así me lo pareció a mí.

—Hola, Buddy —dije al auricular.

—¡Muchacho, estás vivo!

—Eres encantador.

—Eso me dice Kay cuando recibo el cheque de mi sueldo.

—Dime, ¿todavía tienes desocupada la habitación de huéspedes?

—Desde luego. Las amistades parecen amarnos más durante la temporada estival. Ahora hace más frío, está nevando y el océano parece una cuadrilla de gigantes psicóticos.

—Iré con una amiga.

—¿Un ligue?

—Una amiga. Sólo por el fin de semana. El lunes tendré trabajo pero me gustaría que ella se quedara allí hasta que acabe con el asunto que llevo entre manos.

—¡Magnífico! Le diré a Kay que la alecciones. Hasta es posible que seamos padrinos de boda.

—Vete al infierno, Buddy.

—Con el carácter que tienes, viejo amigo, creo que aguardaré para que vayamos juntos. Quiero ver la expresión de Satán cuando le largues tus chistes.

Colgué el auricular.

—Está arreglado.

—Y yo tengo hambre.

Pedimos una cena ligera y hablamos de Gino.

Gino era una especie de ídolo polifacético en el ambiente del Village. Era un tipo educado, respetuoso, con talento y absolutamente generoso. Tenía una moral insólita para alguien que vive entre muchachas complacientes y tipos desprejuiciados.

Anne lo había conocido durante una representación teatral y fue la novia de Gino quien le propuso compartir el piso cuando ella residiera en Nueva York.

—Creo que congeniamos porque, de algún modo, los tres somos algo antiguos.

—No pareces una dama de peinetón y pañoleta —advertí.

—Acabo de entrar en la década trágica. Tengo treinta años.

—Es la mejor edad para una mujer. Puedes creermelo. Te lo digo desde la cumbre todopoderosa de mis cuarenta y pocos.

—¿Cuántos de pocos? —bromeó.

—Cuatro.

—Déjame mirarte bien —dijo con expresión de antropóloga aficionada—, tienes un rostro duro, ojos grandes y ligeramente orientales...

—Mi madre nació en Java.

—...cuerpo atlético, algo delgado, cabellos largos y manos interesantes. En realidad el atractivo corresponde a esa sutil desviación de tu ojo derecho que se combina de un modo fascinante con la nariz rota. Te confiere la apariencia de un empecinado luchador contra las pestes de este siglo en esta ciudad.

—¿Estás casada?

No pensaba preguntárselo, pero algún espectro ignoto habló por mí.

—Divorciada. El y yo somos buenos amigos. ¿Y tú?

—Divorciado. Ella y yo somos tan extraños que ni siquiera podemos ser enemigos. No nos vemos desde hace... unos doce años.

Llamé al carnerero, pagué y salimos a la tormenta de nieve.

—Tengo frío pero deseo caminar un poco si no te importa —dijo Anne.

Pasé un brazo por encima de sus hombros y la apreté contra mí. Anduvimos en silencio hasta el Central Park y entramos en la selva virgen del centro de Manhattan como si fuésemos una pareja de adolescentes durante las salidas de los sábados de primavera.

Sólo que la realidad es más dura que los mejores deseos.

Los dos tipos surgieron repentinamente de entre los árboles. Eran corpulentos y parecían una pareja de yetis enfundados en sus capotes militares.

Conozco el tipo del asaltante neoyorquino y me maldije por haber sido lo suficientemente imbécil como para entrar en el Central Park en una noche como aquella.

Anne se puso tensa.

—No es una buena noche para pasear, ¿qué crees tú, Chuck?

El que había hablado era el que tenía a mi izquierda. Llevaba una barra de acero entre las manos y en su rostro pálido florecían algunas manchas desagradables.

Chuck no replicó. Era más alto que su compinche, negro como los inmigrantes de la Costa de Marfil y con un rostro cuadrado y duro oculto tras una barba hirsuta.

Entra las piernas abiertas hacía oscilar una cadena de motocicleta y tenía los ojos clavados en Anne.

—Me gusta la ramera —dijo Chuck.

—Lo siento, pétalo, has llegado tarde. La muchacha está conmigo y no le gustan los bocazas.

Anne se estremeció contra mi cuerpo.

—Vamos, suelta la pasta y apártate de la zorra —dijo el pálido.

Dio dos pasos y se plantó delante mío. Chuck observaba a Anne como Atila a una virgen cristiana.

Me volví hacia Anne.

—¿Te gusta alguno de ellos? —le pregunté. Me miró atónita.

Entonces sonreí, giré sobre mi pie izquierdo y lancé una patada lateral al pálido. La patada le dio en el vientre y retrocedió. Yo ya estaba en el aire y le reventé la nariz con una segunda patada. Cuando caí sostenía el Magnum en la diestra.

Chuck, que se había abalanzado como una locomotora hacia Anne, se detuvo por arte de magia.

Pero Anne no vio el arma y no estaba dispuesta a dejarse avasallar, de modo que propinó un puntapié en la rodilla del negro y cuando se dobló de dolor le atizó con el bolso en la cabeza.

No le hizo demasiado daño, pero me emocionó su presencia de ánimo. Los dos se pusieron en pie con un aspecto deplorable.

Sostuve el Magnum con las dos manos y les apunté a la cabeza. Levanté el percutor y casi pude escuchar el sonido de sus intestinos.

—¿Quién será el primero? —pregunté con mi voz fría, la de los ambientes sórdidos. Chuck miró rápidamente al pálido y luego se dio la vuelta y echó a correr.

—Eso es lo que yo llamo una amistad entrañable, chico —dije al pálido. Le apunté directamente entre los ojos.

El tipo comenzó a retroceder con el rostro demudado; cuando se hubo alejado unos cuantos metros se dio la vuelta y fue en pos del viejo Chuck. Enfundé el Magnum en la pistolera y abracé con fuerza a

Anne.

—Eres una chica con agallas.

—Cristo, estoy temblando.

La besé en los labios y la miré a los ojos.

—Ya tiemblo menos, Kam —sonrió.

La besé otra vez, con más fuerza y más calor. Su réplica a la caricia me llenó la sangre de enanos en pie de guerra.

—Vamos, princesa. Salgamos de la jungla. Buddy debe estar preocupado.

—No tengo más ropa que la que llevo puesta —dijo y se ruborizó por la idea que seguramente compartía conmigo.

—Nos detendremos en un *drugstore*.

Mientras el automóvil nos aguardaba, entramos en el *drugstore* y compramos un par de chandals, dos pares de zapatillas de deporte, calcetines de lana y unas pocas cosas más.

Una hora y media más tarde el taxi se detenía ante una hermosa casa de arquitectura finisecular; dos plantas, mucha madera y columnatas, galerías exteriores, ventanas amables, colores naturales y el humo en la chimenea. Buddy había vivido allí con sus padres cuando ellos recibieron la casa de los abuelos, una pareja de sureños de Georgia que trasladaron el estilo arquitectónico de las calurosas urbes mediterráneas a la costa desapetecible del norte de Nueva York.

El jardín estaba cubierto de nieve y más allá del seto aterido se oía y divisaba la turbulencia espumosa del mar.

Detrás de la casa se abría un espacio cercado que incorporaba parte de los primeros médanos y, en un extremo, Buddy había erigido una habitación amplia, de un solo ambiente, provista de baño y cocina, para el momento en que se retirara. Entonces se dedicaría a la pintura.

En cuanto el taxi se hubo marchado, Buddy apareció envuelto en su bata de lana a cuadros rojos y azules y sonrió con su aura de querubín.

—¡Vamos, tengo el whisky caliente! —gritó, haciéndonos señas con la mano.

Kay le abrazó desde atrás y atisbo por encima de su hombro. Era rubia, menuda, pecosa, simpática y cantaba como una negra los mejores *blues* de la historia del jazz.

Entramos en el vestíbulo y Buddy dio una vuelta alrededor de Anne, recibió su abrigo y observó detenidamente el cuerpo maravilloso enfundado en las prendas color rosa.

—Mucha mujer para ti, Kam —dijo, besándola en las mejillas.

Kay asintió, conteniendo la risa. Me había cogido la mano, pero no me había mirado, pendiente de la presencia de Anne.

—Sólo permaneceré a su lado para verificar cómo es debajo de los hematomas y las cicatrices —admitió Anne.

Entonces Kay me miró y su gesto resultó elocuente.

—¡Dios mío, Kam!

—Sobreviviré, tu marido me lo ha asegurado, pequeña.

Nos sentamos junto a la chimenea y bebimos un whisky tras otro mientras Buddy nos dedicaba una sesión completa de payasadas.

—¿Sabéis por qué sé que Kay está enamorada de mí? —preguntó al final de la botella y cuando los leños agonizaban.

—No puedo explicármelo, chico —dije.

—Porque continúa riéndose de mis bufonadas como el primer día. Es mi mujer, mi amiga, mi amante y —fundamentalmente mi más fiel admiradora.

—Sólo soy una estupenda actriz, cariño —dijo Kay.

—¿Por qué no preparas el café mientras yo doy una sorpresa a la pareja?

—De acuerdo. Anne, ven conmigo —dijo Kay.

Las dos mujeres desaparecieron en la cocina y Buddy se inclinó hacia mí.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Me duele un poco el estómago, pero sólo cuando tú me haces reír, de modo que no es con demasiada frecuencia.

—Muy gracioso. Ahora piensa en el mejor modo de suicidarte. Tengo que salir un minuto.

—Te acompaño.

—No, señor. Es una sorpresa.

Al cabo de quince minutos las dos mujeres trajeron el café y Buddy entró en la casa restregándose las manos.

—Todo está en su justo punto —sonrió Buddy.

Bebimos el café y luego nos acompañaron hasta la perta posterior.

—Hijo, cuida tu intimidad —aconsejó Buddy—, Todavía es muy pronto para los excesos. Aunque, si he de serte franco, será una prueba muy dura de superar.

Besó a Anne, abrazó a Kay y nos dio con la puerta en las narices. Caminamos hasta la cabaña de huéspedes.

—¡Es maravilloso! —exclamó Anne pasando delante de mí.

Había leños encendidos en la pequeña chimenea, sábanas limpias y una botella de champagne enfriándose en un cubo de hielo.

Un cartel junto al aparato de alta fidelidad indicaba, con la letra enorme y espantada de Buddy: «Sugiero Charles Trenet».

Anne colocó el LP y me alargó la botella de champagne.

—Es una pareja deliciosa.

—Eso creo —dije.

Serví dos copas y le entregué una.

—Por los buenos amigos —dije.

—Y por los buenos momentos —añadió Anne con una voz pastosa, sugerente y cargada de malicia.

La atraje contra mi cuerpo y la besé largamente mientras nos movíamos al compás de la melodía.

Ella cerró los ojos y su cuerpo se convirtió en una caricia continua y tibia.

Nos quitamos la ropa sin abrir los ojos, sin dejar de bailar, como en un sueño diseñado por el deseo, la euforia, la amenaza del peligro y el whisky generoso.

Retrocedimos hasta caer en la cama y sin una palabra iniciamos el estimulante aprendizaje de conocer nuestro aliento, el olor de la piel, el modo de hacer que las neuronas que rigen el placer se transformen en mariposas salvajes, coloridas y sabias.

Nos dormimos sin decir una sola palabra, cubiertos por un plumón que olía a jazmines. Por primera vez en demasiado tiempo, no tuve ninguna pesadilla. En esta ocasión la pesadilla era la realidad. Y ya había comenzado.

Capítulo V

FUE un fin de semana estupendo. Jogging por la mañana, caminatas después del desayuno, almuerzos y cenas gratos, mucha conversación y la estupenda discreción de Buddy y Kay. Anne y yo tuvimos infinidad de momentos para recluirnos en la cabaña de huéspedes y jugar al hombre-hematoma y la odalisca-sensible.

El lunes por la mañana me vestí procurando no despertar a Anne.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Hora de comenzar a trabajar —repliqué.

Se sentó en la cama y la sábana se deslizó de su torso desnudo. Tenía los senos tibios y arrebolados, el rostro dolorido y los ojos muy abiertos.

—¿Me llamarás esta noche? —insistió.

—Te lo he prometido.

—Me gustaría ir contigo. Gino es mi amigo.

—Ya hemos hablado de ello, muñeca.

—Prométeme que no harás... —se interrumpió y movió la cabeza a derecha e izquierda—. Está bien, no me comportaré como una esposa fastidiosa. Sólo recuerda que te quiero.

La besé en los labios y aspiré el perfume de sus senos.

Salí de la cabaña antes de que su fascinación me enredara para siempre y esperé a Buddy junto a la puerta del garaje. Apareció un minuto después y emprendimos la marcha hacia Nueva York.

—¿Dónde te dejo?

—En la esquina de la casa de Birdie. Tengo que hablar con él.

—¿Y luego?

—No será fácil contactar con Mariello. Sin embargo, aunque yo no moviera un dedo sus gorilas vendrían a por mí. Todo es cuestión de tiempo.

—Anne es una muchacha estupenda, Kam.

—Sí, es maravillosa.

—No cometas ninguna tontería. ¿De acuerdo?

—Regresaré y pasaremos un delicioso invierno de ocio en la cabaña. Tú podrás controlar mi presión arterial y recitarle poemas a Anne. Me portaré bien. No te preocupes.

Cuando descendí del coche me estrechó la mano con tanto afecto

que no pude inventar ningún comentario jocoso para alejar la seriedad del momento.

Caminé hasta el edificio de Birdie, llamé el ascensor y estaba aguardando su llegada cuando el conserje asomó su rostro de pájaro por el ventanuco de su cubículo.

—Hola. Busco a Birdie —dije.

—Oh, sí, Birdie... está muy solicitado últimamente —comentó, y ocultó el cráneo gris. Una señal de alarma se instaló en mi cerebro. Subí al ascensor y me bajé en la quinta planta. Luego continué por la escalera, pegado a la pared. En la sexta planta procuré escuchar algo, pero no recibí ningún sonido aleccionador. Continué subiendo y llegué, por fin, al rellano de Birdie.

La puerta de sus habitaciones era la última y estaba ligeramente abierta. Una musiquilla pegadiza brotaba de un aparato de radio.

Saqué el Magnum y lo sostuve delante de mi rostro.

Un escalón crujió en el tramo de la escalera que conducía al terrado y yo retrocedí y oculté parcialmente mi cuerpo en el ángulo del rellano. Había dos puertas más. Una correspondía a la cocinilla de Birdie y la otra estaba clausurada desde hacía años.

Escuché el chasquido de una cerilla al encenderse y luego apareció una nube de humo.

El tipo estaba vigilando la escalera. Seguramente sentado en un escalón. Tenía que pasar delante de él para entrar al cuarto de Birdie.

Un grito apagado y desgarrador me llegó claramente desde más allá de la puerta entreabierta y ya no pensé nada más.

Me lancé hacia allí, cuando pasé delante del tipo que vigilaba me volví y le golpeé con la culata del Magnum en el medio de la frente. No me detuve para ver el espectáculo de su rostro deshecho.

Abrí la puerta de una patada y caí arrodillado en el centro del cuarto.

Un tipo alto, delgado y en mangas de camisa, se volvió hacia mí y abrió la boca. Tenía una pistola en la mano derecha.

Apreté el gatillo.

El balazo entró entre las dos clavículas como un cañonazo, lo levantó del suelo, estiró su cuerpo largo y lo arrojó contra la cama.

Un segundo matón apareció en ese momento desde la cocinilla. Sostenía una olla con agua hirviendo. Le disparé al pecho. En esta ocasión el balazo atravesó limpiamente la olla y le destruyó el esternón.

Gritó como un animal desesperado cuando el agua hirviendo se derramó sobre sus pantalones, abrasándolo. Pero el dolor no duró demasiado. El Magnum se había encargado de aliviarle la pena.

Avancé rápidamente hacia la cama.

Allí estaba Birdie, vestido solamente con un viejo calzoncillo largo y el pecho desnudo. Podía contarle las costillas por debajo de su vello encanecido.

Le habían amordazado con un trozo de sábana y tenía los ojos dilatados por el dolor. Dos heridas profundas y abiertas sangraban debajo de las tetillas.

Le quité la mordaza. Cerró la boca con pudor.

La dentadura parecía una escultura pop junto a la almohada.

—Lo siento, amigo —dijo. Procuró sonreír.

Le solté las ligaduras que lo crucificaban a las patas de la cama y le ayudé a sentarse. Alguien apareció en la puerta de la habitación.

Empujé a Birdie del otro lado de la cama y rodé por el suelo buscando el blanco con el Magnum.

—Tranquilo, Kaminsky —dijo una voz que conocía—. Voy a entrar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Marty apareció en el vano de la puerta. Llevaba un Smith & Wesson en la diestra y parecía preocupado.

—¿De dónde diablos sales tú? —le espeté.

—Te cuido las espaldas. He pasado mucho frío por ti, de modo que procura ser más amable.

—No me gusta que me sigan.

—Lo siento, pero debo cuidar del dinero del señor Silvestre.

—Ayúdame, Marty. Nos peharemos más tarde.

Llevamos a Birdie al cuarto de baño y limpié sus heridas. Lavé la dentadura y se la entregué.

—Gracias, jefe. Ahora puedo yo solo —dijo.

Se desinfectó las heridas y las vendó con habilidad.

Sentado en el banquillo blanco del cuarto de baño, delgado y macilento, parecía más viejo y más frágil que nunca.

—El tipo de afuera... —dijo entonces.

—Afuera no hay nadie, Kaminsky —me atajó Marty.

—Se ha largado.

—El ascensor descendía cuando yo subía la escalera.

—¿Les conoces? —pregunté.

—A uno. El del balazo en el pecho y el cuero escaldado. Es un individuo del norte. Su nombre es Donovan. Lo buscan por asesinato en varios estados.

—Eres un libro abierto, amigo —dijo.

—Me esfuerzo por aprender —replicó con una sonrisa perfecta. Me llegaba al cuello, pero parecía más alto gracias a su prestancia.

—¿Puedes hacer desaparecer los cadáveres, Marty?

—No será complicado. El único problema son los disparos. Un Magnum es cosa seria —dijo.

—No hay cuidado, jefe. No hay nadie en las plantas inferiores. Sólo un viejo en el tercero y está sordo como una tapia. Todo el mundo trabaja hasta media tarde.

—De modo que puedes hablar —sonreí.

—Le buscaban a usted.

—¿Dijeron algo más?

—No, nada. Repetían una y otra vez la misma pregunta. ¿Dónde está el bastardo?

—Ese soy yo —dijo mirando a Marty.

—Lo suponía.

—¿Seguro que no recuerdas nada más?

—Bueno... uno de ellos dijo algo, aguarde un instante... sí, ahora lo recuerdo, dijo: «el jefe se enfadará si no conseguimos una respuesta antes de que llegue al depósito».

—El depósito...

—Sí, jefe, estoy seguro —aseveró Birdie. —Escúchame, Birdie, quiero que te largues del barrio. Busca un sitio seguro y no te muevas de allí. Cuando lo consigas llama a Buddy y dile dónde estás. ¿De acuerdo?

—Sí, jefe.

—Yo tengo que hacer, Marty.

—Me gustaría darle una mano, Kaminsky.

—¿Dónde se hospeda?

—En el hotel Malibú.

—Bien, le llamaré en cuanto sepa algo.

—Mariello tiene negocios en el puerto.

—Lo sé, pero hay miles de depósitos y estoy seguro de que no habrá elegido uno de los suyos.

—El señor Silvestre no desea remover el avispero. Mariello podría liquidar al muchacho.

—¿Se han puesto en contacto con él?

—No es necesario —dijo Marty. Y tenía razón.

Silvestre estaba obligado a permanecer al margen y, por lo tanto, no podía acudir a sus «parientes» de Nueva York.

Pero yo era independiente. Yo podía actuar por libre y llegar hasta Gino. Ellos necesitaban que el muchacho continuara con vida para presionar a Silvestre y Kaminsky era el único detective privado lo suficientemente chiflado como para meterse en medio de una pelea de pandilleros de alto voltaje.

—En cuanto salgas del edificio te seguirán, Kaminsky —me

advirtió Marty.

—Sí, lo sé. Hazme un favor, cuídate de que Birdie salga de aquí sin problemas. ¿De acuerdo?

—El señor Silvestre desea que le llame.

—Lo haré esta tarde, como hemos convenido.

Busqué el papel que había dentro del sobre con la pasta y que conservaba dentro del bolsillo de mi americana y lo abrí. Había un número de teléfono de San Francisco.

—¿Se ha ido?

—Ayer por la mañana. Mientras yo observaba cómo vosotros, tú y la muchacha, jugabais a los enamorados deportistas.

—Me caes simpático, Marty. En la próxima ocasión golpea a mi puerta. Siempre habrá whisky para ti.

Abrí el bolso que llevaba y le entregué una botella de las que había comprado en el *drugstore*.

—Birdie, cuida que no se emborrache.

—Cuente conmigo, jefe.

Salí del edificio y miré hacia el otro lado de la calle. Había demasiado tránsito y demasiados peatones como para detectar a mis eventuales perseguidores.

Subí a un autobús, descendí junto a la boca del metro y efectué cuatro combinaciones antes de salir nuevamente a la calle. Anduve rápidamente durante unos diez minutos y luego cogí un taxi.

Ahora sabía quién era el tipo que me seguía. Y también sabía cómo deshacerme de él.

El taxi me dejó ante el pequeño parque, del otro lado del Hudson. Había empleado el truco en otra ocasión y me había dado buen resultado, de modo que decidí aplicarlo nuevamente.

Atravesé el parque por un sendero flanqueado por montañas de nieve sucia y llegué ante el edificio del hospital.

No entré al primer pabellón, sino que proseguí la marcha superé el primer edificio y también el segundo. Detrás, un poco antes del aparcamiento del personal, estaba la morgue.

A nadie se le ocurre acudir a la morgue para pasar el rato y, por tanto, la vigilancia de semejante sitio no es una actividad que los dos viejos conserjes se tomaran muy a pecho.

Cuando atravesé la puerta, la cabina acristalada, donde el anciano de color que yo conocía debía hallarse montando guardia, estaba vacía.

Me encaminé a lo largo del pasillo hacia la puerta del final. Las paredes eran color crema hasta un metro del suelo y desde allí hasta la alfombra plástica por la que yo marchaba era de un tono verde oscuro; la misma combinación de colores que unifica a todos los edificios

públicos de más de una ciudad.

Dejé atrás la sala de autopsias, la habitación del forense y también el pequeño museo de los adoradores de la histología.

Abrí la puerta del final y entré a una sala amplia, escasamente iluminada y en la que una docena de mesas de mármol se disponían en tres hileras.

Todas las mesas estaban vacías y el olor característico de la muerte en conserva me hizo arder la nariz.

Fui hasta el final de la sala y atisé a través de los cristales de una puerta de vaivén. Del otro lado aparecían los cajones refrigerados como inmensos buzones metálicos donde los cuerpos aguardaban el último destino.

Escuché los pasos en el corredor y me oculté detrás de una de las mesas vacías.

Un tipo entró con infinita precaución, precedido por un brazo armado con una 45 que imponía respeto.

En un espacio como aquél una pistola del calibre 45 es un arma que puede competir con un Magnum.

Mi idea, no obstante, no consistía en iniciar un intercambio de cañonazos. Los cadáveres no se incomodarían, pero estoy convencido que, cuando ello es posible hay que respetar la atmósfera sepulcral de una morgue.

El tipo entró y cerró la puerta, se inclinó y echó un vistazo detrás de la primera hilera de mesas.

Yo comencé a avanzar hacia él, con el Magnum en la diestra. Le necesitaba vivo y consciente y pretendía neutralizarlo rápidamente y en silencio.

Pero el tipo era joven, muy alto y con el cuerpo de los luchadores profesionales. El cuello de toro me indicó con claridad que era aficionado a los deportes rudos.

Cuando pasó delante mío y pude colocarme a su espalda, me levanté y di un paso hacia él.

Golpeé con fuerza el brazo armado y la 45 voló por el aire. Pero la sorpresa no lo desanimó.

Giró el cuerpo y me lanzó un directo que dio de lleno en mi mandíbula. El arco iris pasó raudamente delante de mis ojos y sentí que perdía el conocimiento

El tipo echó una mirada a su alrededor en busca de la 45, no la vio y arremetió contra mí. Sostenía el Magnum en la mano derecha como un niño de un mes un plátano, sin saber para qué diablos servía aquello.

El matón se inclinó, me cogió por las solapas y me sacudió como si me hubiese convertido en un ánima de paño.

Pero se equivocó.

Su violencia inútil me sacó de la pendiente del desmayo y le golpeé en el rostro con el cañón del Magnum. No fue un golpe perfecto, pero conseguí que me soltara.

Estaba poniéndome en pie cuando me cogió el brazo armado y me lo dobló detrás de la espalda.

Tuve que soltar el arma, pero el tipo no pareció conforme. Iba a romperme el brazo. Lancé mi pie hacia atrás y le di un golpe seco en la espinilla. En el momento en que lanzó un grito ahogado, me revolví, conseguí soltarme y le hundí el codo en el plexo solar.

Me di la vuelta y recibí un *jab* en la frente. El tipo era un toro y yo no tenía ningún estoque.

Iba a ser una pelea dura.

Di un paso hacia atrás y armé una guardia cerrada.

Me llevaba diez centímetros de estatura y al menos quince kilos. Me miró con una sonrisa bestial, como la del tipo de hombre al que la violencia, los golpes y el dolor sólo contribuyen a enardecerlo, a calentarlo para la prosecución del combate.

Yo conocía su estilo.

Su guardia, un poco abierta, con los puños juntos y los codos separados, daba cuenta de la suficiencia que experimentaba ante un tipejo como yo.

Y aproveché aquella suficiencia. Como muchos grandullones, el exceso de confianza se convierte en un arma que atenta contra sus posibilidades.

Amagué un directo en la mandíbula y juntó los brazos, cubriéndose el rostro y el pecho. Lancé entonces un golpe a la zona hepática y me alejé.

Sabía perfectamente que no le había hecho demasiado daño y el gigantón sonrió.

Amagué nuevamente al rostro y giró el cuerpo para responder al ataque con un directo brutal, confiado y demasiado lento que buscó mi rostro.

Me aparté con buena velocidad, me incliné y le golpeé en la entrepierna de abajo hacia arriba y con la mano en sable. Su corpachón se encogió y volví a golpearlo, esta vez en la garganta.

No podía ir demasiado lejos, pero necesitaba noquearlo si deseaba obtener algo de él. Además, no podía permitir que me alcanzara con su cozo o no tendría oportunidad de ver el bello rostro de Anne junto al fuego.

Cerré el puño y le aticé un golpe de revés en la sien.

Cayó arrodillado, se sujetó de una de las mesas de mármol y comenzó a deslizarse hacia el suelo.

Cuando cayó, me miró desde el umbral de la inconsciencia y creí escuchar un taco.

Admito que nunca me había topado con un orangután de aquella valía y si de mí depende no volverá a ocurrir.

Fui hasta un lavabo y me mojé el rostro con agua helada. Cuando me miré en el espejo circular y sucio vislumbré unas facciones que jamás lograrían una portada en el *Playgirl*.

Busqué el Magnum y la 45, eché un vistazo al pasillo y aguardé a que mi aliento recuperara su ritmo normal.

El conserje apagó las luces del pasillo y supe que tendría el tiempo suficiente para lo que había decidido hacer.

Arrastré al orangután a la habitación contigua y busqué una caja refrigeradora vacía en la hilera inferior. Jamás podría subirlo a una caja de las hileras superiores.

Le quité los zapatos y los calcetines y con éstos le sujeté los brazos a la espalda. La corbata me sirvió para hacer otro tanto con los tobillos.

Lo levanté con mucho esfuerzo y lo dejé caer dentro de la caja. Luego fui en busca de un poco de agua. Encontré un cenicero profundo, lo llené de agua helada y regresé a su lado. Humedecí mi pañuelo y lo pasé por su rostro una y otra vez hasta que lanzó un gruñido y abrió los ojos.

Encendí un cigarrillo y saqué la última botella de whisky del bolso. Afortunadamente, el bolso había caído de mi hombro al comenzar la pelea y no había sufrido daño alguno. Necesitaba un trago.

Me miró con más sorpresa que ira. No podía entender que le hubiese vencido.

—¿Cómo te sientes, capullo?

—Voy a...

Le abofeteé con violencia y le indiqué silencio. Se revolvió dentro de la caja y en ese momento fue cuando comprendió dónde se hallaba realmente.

—Tranquilízate, hijito —le azucé.

—¡Maldito bastardo! —dijo, pero sin gritar.

Aspiré del cigarrillo y me regalé un trago de whisky. Me tomé mi tiempo para que se hiciera una idea exacta de la situación.

—Tú sabes algo que yo ignoro.

No respondió, pero su mirada comenzaba a perder el brillo belicoso.

—Trabajas con Zeke y Finny, ¿verdad?

Apretó las mandíbulas y un nervio irreverente comenzó a agitarle el párpado izquierdo.

—Mira, capullo, la cuestión es bastante simple. Tú me dices dónde tienen al chico de Silvestre y te puedes marchar. Te lo preguntaré una sola vez.

—No sé nada —dijo con voz prepotente.

—Aún no he terminado —le advertí—. Ahora quiero que pongas mucha atención. Estás dentro de una caja refrigeradora, ya sabes, las que se emplean para conservar los cadáveres.

Aguardé un instante para que metabolizara mis palabras y me deleité con otro trago de whisky. Me estaba convirtiendo en un alcohólico, pero he de reconocer que mi vida no era precisamente un lecho de rosas.

Le miré con indiferencia y proseguí.

—Si cierro la caja te asfixiarás al cabo de algunos minutos y nadie te socorrerá porque estos ataúdes son herméticos y el conserje es un viejo sordo que se encuentra a una milla de distancia. Además, hijito, te congelaré. Ese selector que ves allí, junto a la manija, es el que controla el termostato.

Apagué la colilla y encendí otro cigarrillo.

Fumé muy despacio durante un largo minuto y luego hice la pregunta.

—¿Dónde está Gino? ¿En qué depósito se encuentra Mariello?

No respondió y yo continué fumando durante otro minuto. El matón me miraba fijamente. Moví la cabeza negativamente y sonreí con tristeza.

—Lo siento, capullo, pero tu oportunidad se ha acabado.

Cerré violentamente el cajón metálico y moví el selector de la temperatura. Conté hasta cien mientras escuchaba los movimientos desesperados del orangután y luego abrí el cajón.

—Está bien —dijo al borde de una crisis de nervios—, te diré lo que deseas, pero sácame de este maldito lugar.

—Comienza a hablar —le indiqué. Miró al cajón y comenzó a temblar.

He conocido hombres verdaderamente duros, tipos que habían recorrido durante quince años los peores barrios de Nueva York y se habían enfrentado a pandillas de facinerosos armados hasta los dientes, individuos capaces de resistir hasta lo indecible, pero que se convertían en gelatina ante situaciones tan simples como la oscuridad, un sonido determinado, la altura, fobias que el mundo moderno inculca como una peste imprevisible.

El terror es un arma temible y el orangután estaba verdaderamente aterrorizado. Había sentido lo que era estar aterrado en vida y no le había gustado nada.

Esa era mi ventaja.

—Mariello tiene al muchacho en un depósito en la dársena sur. Lleva un letrero en el frente «Conservas MacDermott» y hay un buque en el río, un remolcador viejo. No tiene pérdida.

—¿Cuántos hombres cuidan al chico?

—Tres. Zeke, Finny y Morton.

—¿Morton?

—Tú le conoces. Le reventaste un foco en el rostro el viernes pasado.

—Sí, le conozco. ¿Tú también eres del norte?

—Sí.

—¿Por qué ha contratado pistoleros del norte? ¿Acaso no tiene sus propios hombres en Nueva York?

—Este es un trabajo distinto. Mariello no quiere mezclarlo con sus otros negocios.

—Entiendo. Lo ha hecho de espaldas a la Organización, ¿no es así?

—Sí.

—¿Cuánto dinero les ha prometido?

—Veinte de los grandes y veinte más al final del trabajo.

—¿Zeke es el jefe?

—Sí, nos contrató en Spokane.

—¿Cómo sé que no me has mentido?

Su rostro se convirtió en una máscara contraída y terrible. Los ojos se le llenaron de lágrimas y comenzó a balbucear mientras yo cerraba lentamente el cajón metálico.

Lanzó un suspiro ronco y profundo y perdió el conocimiento. No me había mentido.

Dejé el cajón abierto, interrumpí la acción refrigeradora, le amordacé, me cerré el *anorak* y salí del recinto. Caminé a lo largo del pasillo, saludé al viejo que dormitaba en su caseta acristalada y cogí un taxi hasta el Village.

Busqué un teléfono público y llamé a la policía.

—Quiero hacer una denuncia —dije al sargento de guardia—. No, mi nombre no tiene la menor importancia.

Le expliqué que podrían hallar a un pájaro de cuenta que seguramente tendría antecedentes en Spokane si se dirigían deprisa a la morgue. Le di las señas y colgué.

Era la hora de comer, de modo que cogí otro taxi hasta la Quinta Avenida y entré en el restaurante de siempre.

Pedí un bistec poco hecho, acelgas gratinadas y cerveza negra. El camarero parecía encantado con el deterioro de mi rostro porque no podía dejar de mirarme.

—Tráeme el teléfono y te dejaré una fotografía autografiada, ¿de acuerdo?

—Lo siento, señor —se disculpó.

—Más lo siento yo, muchacho, te aseguro que es mi cara, no se trata de una prótesis biónica.

Llamé a Anne. No diré todo cuanto me susurró al oído pero fue suficiente como para desear acabar rápidamente con el *affaire* Silvestre.

Decidí beber un café doble, una copa de cognac y luego llamar a Marty. Necesitaba ayuda y Marty tenía estilo.

El camarero había dejado de mirarme.

Capítulo VI

—**S**OY Kaminsky y tengo noticias.

—¿Has llamado al señor Silvestre?

—Todavía no. Iré a tu hotel y le telefonearé desde allí. ¿Te parece bien?

—El viejo salió sin problemas. Está en lugar seguro y su amigo, ese doctor, tiene las señas.

—Trabajas rápido, Marty ¿Qué has hecho con los cuerpos?

—Compré un baúl, los envolví en la vieja alfombra del anciano y los acomodé perfectamente dentro de él, como un tesoro. Dos tipos con un camión llevaron el baúl hasta un depósito guardamuebles. Una hora más tarde lo retiré y en un automóvil de alquiler lo llevé hasta Nueva Jersey. Lo solté en un descampado. No ha sido un entierro de categoría pero dificultó que alguien lllore por ellos.

—Estás aprobado, muchacho.

—Te espero, Kaminsky. Y colgó.

Media hora después llegaba en taxi hasta el hotel Malibú.

Era uno de los cientos de hoteles periféricos de Nueva York, con habitaciones pequeñas y limpias, baratas, donde una marea de personajes entraba y salía sin dejar otro rastro que el olor del fracaso.

Marty Bolland estaba en un cuarto que hacía esquina y desde su ventana en ángulo recto se tenía una perspectiva magnífica de la precariedad del barrio. Una anciana envuelta en una manta del ejército y con los pies hundidos en una masa de periódicos viejos vendía castañas asadas bajo la nieve. Cuatro o cinco chiquillos negros, con sus *anoraks* de colores, saltaban a su lado para combatir el frío y pedían dinero a todos los peatones para comprar castañas.

Más lejos, y junto al escaparate austero de una casa mortuoria, un tipo vestido de cuero negro incitaba a los transeúntes a que entraran a ver el mejor espectáculo porno de occidente. Nadie creía en sus palabras, pero el tipo no parecía amilanarse ante la indiferencia general. Desde la fotografía que portaba en sus manos, una mujer de mediana edad, desnuda como un bebé y con unos pechos que podrían haber resuelto el problema del hambre en más de una familia tipo, atisbaba a su alrededor con ojos lujuriosos.

—Buen ambiente —comenté.

—Yo nací en un barrio como éste —dijo Marty.

—Y has progresado mucho, ¿verdad?

—No me quejo.

Me senté en la cama y cogí el teléfono. Llamé a San Francisco y me respondió la voz pausada y grave de Silvestre.

—Sé dónde lo tienen, Frank.

—Kaminsky... —había una inflexión triste en su voz—, tengo miedo de que ese chiflado liquide a mi hijo.

—Siempre puede dejarle el negocio, Frank.

—No, es imposible. Perdería el respeto de todos.

—Marty y yo intentaremos sacarlo de allí.

—Mariello sabe que lo intentará, Kaminsky.

—Está loco, Frank, pero él también se crió en medio de las leyes de la Organización y no es tan imbécil como para ponerse en contra de todos.

—¿Qué quiere decir?

—He tenido una charla muy interesante con uno de sus gladiadores y ha hablado.

—¿Qué le hizo, le quemó vivo? —preguntó con asombro.

—No fue necesario, le llevé a la morgue y lo introduje dentro de un cajón refrigerado. Comprendió que no sería una muerte atractiva y soltó el rollo.

—Un buen truco.

—Zeke Dolby contrató a la pandilla de matones de Spokane y otros sitios del norte.

—Entonces...

—Así es, Frank. Está operando por su cuenta, al margen de todos los demás negocios y a espaldas de la Organización.

—Puede lavarse las manos si la operación resulta —dijo Silvestre.

—Sí, puede hacerlo. Y lo hará si se lo permitimos.

—Tiene que sacar a Gino, Kaminsky.

Había una súplica contenida en su voz profunda.

—Sólo quería contar con su aprobación, Silvestre. Lo haremos mañana por la noche.

—¿Por qué mañana?

—Porque hay echaremos un vistazo al sitio y trazaremos un plan de acción. Bolland estará conmigo.

—Pásame a Marty.

Le tendí el auricular a Bolland.

Durante cinco minutos se limitó a asentir y al final dijo:

—Entendido, señor Silvestre —y cortó la comunicación.

—Esperaremos que oscurezca —dijo.

—Le dejé la botella de whisky al viejo, parecía necesitarla. Abrí el

bolso y le alargué la otra botella, ya mediada.

Sirvió dos vasos que previamente lavó en el pequeño cuarto de baño y me tendió uno.

—Por el éxito —dijo y tragó el alcohol como los vaqueros de las películas del oeste, de una única vez.

Llamé a Buddy. Había salido, pero una enfermera me dio un recado. Colgué y volví a discar.

La voz de Birdie parecía más entusiasta.

—¿Has bebido mucho, Birdie?

—Hola, jefe. No, estoy algo alegre. ¿Qué debo hacer?

—¿Puedes conseguir un Bedford pequeño, preferiblemente con la carrocería deteriorada y con un motor perfecto?

—No será muy difícil, jefe. ¿Cuándo lo quiere?

—Mañana a las seis de la tarde.

—¿Dónde?

—En el callejón del hotel Malibú.

—¿Algo más?

—Sí, aceita tu Frontier.

Su risita resultó estimulante.

—Confíe en mí, jefe.

—Duerme esta noche, Birdie. Y no bebas nada mañana. Te necesito fresco. ¿De acuerdo?

—Jamás me emborracho, jefe.

Dejé el teléfono sobre la mesilla de noche y me encontré con el rostro sonriente de Bolland.

—Un tipo curioso ese Birdie —dijo.

—En efecto.

—¿No llama a su chica?

—¿Por qué te preocupas tanto de ella, Marty?

—Me gusta la muchacha. No me refiero al aspecto físico, que es maravilloso, sino a ella en general. ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo.

—Hacéis una buena pareja.

—Te invitaré a la boda, Marty.

—Es un trato —dijo y volvió a llenar los vasos de cristal barato.

A las seis de la tarde, cuando la oscuridad avanzaba sobre la ciudad como una viuda con prisa, salimos del hotel.

Alquilamos un coche y nos dirigimos a la dársena sur. Los últimos embarques estaban siendo estibados y la actividad en el muelle era frenética. A nadie le gustaba trabajar cuando oscurecía en pleno mes de diciembre. El frío podía convertirse en una tortura infernal.

—Mira —dije a Marty—, hay cientos de depósitos.

—¿Cómo lo hallaremos sin que nos vean?

—Sabemos que está en primera línea o no se vería el remolcador del que habló el grandullón.

—No es mucho, Kaminsky.

—No tenemos otra cosa.

—Espérame aquí, trataré de buscar una solución.

La nieve caía tenuemente y contra las luces amarillentas creaban una atmósfera helada y lunar.

Caminé junto a las grúas y los camiones, entre los estibadores de rostros fatigados y cuerpos musculosos hasta encontrar lo que buscaba. Era un hombre que debía rondar los setenta años. Vestía como el resto de los trabajadores, pero estaba sentado, inmóvil, observando la frenética actividad mientras fumaba su pipa de caña.

—Hola, abuelo —saludé.

Me miró con los ojos muy hundidos.

—Buenas noches.

—Parece usted un veterano.

—Trabajé aquí cincuenta años, hijo —dijo con voz cansada.

—Eso es mucho tiempo.

—Tiempos buenos y malos. Sí, mucho tiempo —dijo preferiblemente.

—Entonces conocerá muy bien los muelles.

Me miró con una llama de orgullo, se inclinó hacia adelante y apuntó al río con la pipa.

—Conozco a esa sucia corriente y cada rincón del puerto. Mis dos hijos murieron en esas aguas en el accidente del *Victoria*.

Yo ignoraba ese episodio, pero no deseaba que el viejo se embarcara en una historia interminable.

—¿Dónde está el depósito de los MacDermott? —aventuré.

—¿MacDermott? ¿En la dársena sur? Sí, ya lo recuerdo. Al final del cuarto y el quinto malecón entre los muelles. Es una zona desierta ahora. Van a derribar los viejos depósitos y construir un edificio de la administración. Eso dicen. Allí sólo hay ratas y mal olor, a pescado rancio.

Doblé un billete de cien dólares y se lo alargué. Ni siquiera lo miró cuando lo hizo desaparecer dentro del bolsillo de su abrigo. Cuando me despedí de él estaba inmerso en sus ensoñaciones, ajeno al mundo que yo tenía ante mis ojos.

Regresé al automóvil.

—Bien, ya sabemos dónde está aproximadamente. Pero será imposible echarle un vistazo ahora. Necesitamos una lancha.

—Puedo conseguir una —dijo Marty.

—¿Cuándo?

—A primera hora de la mañana.

—De acuerdo, regresemos al hotel.

Compramos algo de comida hecha y subimos a la habitación de Marty. En varias ocasiones estuve a punto de llamar a Anne por teléfono, pero desistí. Su voz producía una ansiedad que no convenía a mi equilibrio psicológico. Cuando pensaba en ella sentía deseos de enviarlo todo al demonio, ir en su busca y largarnos a otro sitio, a otra ciudad, cambiar hasta el paisaje urbano para iniciar una aventura verdaderamente nueva. Pero era imposible. Y, además, Gino era su amigo entrañable.

Fue una noche larga en la que ni Bolland ni yo pudimos dormir con normalidad.

A las seis de la mañana, con un cielo amarronado que amenazaba con continuar su descarga de nieve, y quince grados bajo cero, salimos del hotel y nos dirigimos al puerto.

Marty hizo una llamada telefónica desde una cafetería y aguardamos bebiendo un café que era capaz de acabar con el estómago de un antropófago.

A las siete apareció un individuo joven, con rostro adormilado y enfundado en un saco de piel femenino, completamente deteriorado.

Marty le hizo una seña y el tipo se acercó.

—No es una buena época para navegar —dijo.

—Eso es cosa nuestra —replicó Marty con dureza.

El tipo se encogió de hombros. Dejó un juego de llaves sobre la mesa y un documento en un sobre de plástico.

—Tiene un motor Evinrude, es la roja con capota que está fondeada en el extremo del muelle seis.

—Aquí tienes los quinientos. La dejaremos en el mismo sitio mañana por la noche. ¿De acuerdo?

El tipo hizo desaparecer los billetes.

—No es buen momento para navegar —repitió como si hablara consigo mismo, y se marchó de la cafetería.

—Vamos allá —dijo Marty.

La lancha tenía una capota negra y era de esas embarcaciones que utilizan los aficionados al esquí acuático. Subimos a ella y Marty puso el Evinrude en marcha.

El frío era terrible y la humedad que brotaba del río se colaba en los huesos como una marabunta de estalactitas.

En cuanto el sol asomó desde el otro lado de la isla de Manhattan, nos pusimos en marcha.

Pasarnos entre los buques anclados, los mercantes que aguardaban su turno y varias embarcaciones que iban y venían

iniciando la actividad frenética de la mañana.

Cuando llegamos al área de los depósitos abandonados, la actividad decreció.

Dimos una vuelta alejados del muelle, pasamos delante de los depósitos y nos alejamos. Regresamos al cabo de diez minutos, más cerca. Me llevé los prismáticos a los ojos y esta vez, con algo más de luz, inspeccioné el lugar a conciencia.

Leí perfectamente el cartel que indicaba el depósito de MacDermott y comprobé que sería imposible llegar por tierra. Había una explanada desde el frente del galpón hasta el río y cualquiera que pasara por allí en automóvil sería perfectamente detectado por los matones de Mariello.

El depósito tenía una nave muy alta en la planta baja y varias habitaciones en lo alto. Los cristales rotos indicaban a las claras que ya no era utilizado.

—Echa un vistazo —dije a Marty haciéndome cargo del timón y entregándole los binoculares.

—Sí, lo veo perfectamente. Aguarda un minuto... sí, allí está, no, son dos, mira... Ahora pude verlos.

Eran dos y habían aparecido de uno de los flancos. Uno llevaba una bolsa de la compra y se movía como un bailarín amanerado. El otro tenía el rostro cubierto de esparadrapo.

Eran Finny Merlín, el de la voz aflautada, y Morton, el visitante del piso de Gino.

—Se disponen a desayunar —sonrió Marty.

—¿Crees que Mariello estará dentro?

—Sí. Es un trabajo demasiado arriesgado para desatenderlo. Está allí y seguramente se quedará hasta el final del asunto.

—¿Cuál sería el final si no intervendríamos nosotros, Bolland?

—Creo que soltaría al chico.

—Silvestre está loco, pero le comprendo.

—No está loco, perdería su propio respeto si actuara de otra forma. Miré el viejo remolcador anclado y tuve una idea.

—Escucha, pasa por detrás del remolcador. Echaremos un vistazo, será mejor que alguien se quede a vigilarlos. Pueden marcharse durante el día.

—No lo creo, pero sí, es una buena idea.

—Yo me quedaré, Marty. Tu dile a Birdie que nos aguarde en aquel punto, ¿lo ves?, en el extremo del muelle, donde termina el área de depósitos abandonados.

—Bien.

—Regresa esta tarde a buscarme. En cuanto oscurezca. Deja la lancha amarrada a popa del remolcador y sube. Pasaremos a tierra por

la pasarela.

—De acuerdo. ¿Algún mensaje para la muchacha?

—No. Pero dile a Buddy que aguarde en su consultorio hasta que le llamemos, es posible que alguien salga herido.

—No tienes nada para comer y en ese remolcador el frío será intenso.

—Todavía me queda algo de whisky en el bolso.

—¿Qué armas tienes?

—Mi Magnum y la 45 del gigantón.

—Bien.

Acercó la lancha a la popa del remolcador y me así con fuerza a la borda aplastada contra las aguas sucias del río.

Tenía los dedos ateridos y una película de nieve blanda cubría toda la cubierta.

—Toma, quédatelos —dijo Marty, alcanzándome sus guantes forrados.

—Gracias, amigo.

Sonrió con su dentadura perfecta.

Salté encima de la cubierta y procurando quedar ocultos detrás de la cabina del timón, entré en los camarotes.

Por el ojo de buey empañado vi cómo Marty se alejaba sin prisas. El interior olía a humedad y a maderos podridos, pero podía resistirlo.

Encontré un capote marinero y dos mantas viejas y agujereadas. Sería suficiente.

Subí a la timonera, me senté en el sillón giratorio del capitán, me envolví en el capote y las mantas y comencé mi vigilancia armado con los binoculares.

Sería una larga espera.

Capítulo VII

NO hubo ningún movimiento durante las primeras horas de la mañana, y tampoco pasó nadie delante del depósito. En dos ocasiones detecté una sombra furtiva en la única ventana superior que tenía todos los cristales, pero no pude determinar quién era el vigía.

A la una de la tarde, Finny Merlín y Morton salieron del depósito y se alejaron unos metros por el muelle antes de torcer por un callejón y desaparecer.

Media hora más tarde llegó un automóvil. Se apearon tres hombres, Morton entre ellos, y entraron al depósito. El matón que conducía el vehículo se alejó por donde había llegado.

Finny no había vuelto.

Mariello estaba preparándose. Ahora tenía con él, por lo menos, cuatro hombres y, cuando regresara Finny, serían cinco.

Me pregunté si el tipo que conducía el automóvil estaría aguardando cerca del depósito o si se habría marchado. Pero era una pregunta imposible de responder.

A medida en que avanzaba la tarde, las horas se hicieron más y más lentas. Por fin, el sol desapareció y dejó una estela de bruma pálida sobre las aguas rítmicas del río.

Me sentía aterido, con el estómago en rebeldía y una jaqueca que sólo podía deberse al whisky ingerido.

Por lo demás, no veía el momento de ponerme en movimiento. Saqué el Magnum y comprobé la carga. Hice otro tanto con la 45 y devolví el revólver a la pistolera y la 45 al bolsillo exterior de mi *anorak*.

A las ocho y media vi una sombra en el sitio donde debía aguardarnos Birnie. Quince minutos después, abandoné la timonera y me dirigí hacia la popa del remolcador.

La actividad en el muelle había decrecido totalmente y un frío glacial arremetía desde el océano. Sólo faltaba que comenzara a nevar. Los sonidos de las embarcaciones se hicieron lejanos y entonces pude oír el motor de la lancha de Marty.

Apareció a escasa velocidad y se acercó el casco vetusto del remolcador.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Más o menos —dije.

Salté a la lancha estremecido de frío.

—Te he traído un sandwich y café caliente.

—Estupendo.

Marty Bolland era un tío magnífico.

—Hay cinco tipos por lo menos en el depósito. Finny se largó y no ha regresado. Es posible, incluso, que tengan un coche muy cerca con chófer. Fue el que trajo a los dos matones de refresco.

—¿Quién son?

—Calculo que son Mariello, Zeke, Morton y dos nuevos.

—Ya...

Pareció preocupado. Me miró a los ojos y hubiese jurado que luchaba por decirme algo.

Libraba una pequeña batalla que acabó en silencio.

—¿Te ocurre algo, Marty? —pregunté finalmente, engullendo el último bocado del sandwich regalándome el resto del café hirviente que había en el termo.

—No, será mejor que nos presentemos —replicó sin demasiada convicción.

Algo estaba pasando por su cabeza, pero yo no era psicoanalista, de modo que dimos vuelta la lancha, la amarramos al casco del remolcador y subimos luego a la cubierta.

—Bien. El plan es éste, amigo. Tú te largas con la lancha en cuanto hayamos sacado a Gino. Yo lo llevaré hasta la Bedford y Birdie se encargará de transportarnos hasta el hotel Malibú. ¿De acuerdo?

—Me parece bien. Hay que tirar a matar, Kaminsky. Nadie se extrañará de que varios hampones del norte, peces duros pero de poca monta, aparezcan muertos en los muelles. Sobre todo si alguien como Mariello completa la lista.

—Estoy de acuerdo.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó comprobando la carga de sus armas. Llevaba un Smith & Wesson Special y una Luger.

—Improvisaremos. Será mejor que lleguemos hasta la parte superior del depósito por los fondos. Todos tienen escaleras de incendio en la fachada posterior.

Una vez más detecté su nerviosismo. Estaba seguro de que no se trataba de miedo. Era algo que le preocupaba de un modo más profundo.

Cruzamos la pasarela hasta el muelle, inclinados contra el viento feroz y cargado de copos finísimos, anticipo de una nevada en toda regla.

Cruzamos el muelle en diagonal y pegamos la espalda contra el depósito que se levantaba a la izquierda del de MacDermott.

Aguardamos un instante, procurando escuchar algo que nos diera una pista, pero el viento silbaba entre el maderamen y era imposible oír nada.

—¿Dispuesto, Marty?

—Dispuesto.

—Bien, sígueme.

Me metí en el callejón, entre viejos cubos de basura corroídos por la intemperie y trozos de cuerda podrida. Si había alguna rata por el callejón, estaría haciendo gimnasia para evitar morir congelada.

Levanté el Magnum hasta tenerlo a la altura de mi rostro y llegué hasta la fachada posterior. Inspiré profundamente, me incliné y di la vuelta al edificio dispuesto a abrir el fuego.

Pero no había nadie.

Marty estaba a mi lado con la Luger dispuesta.

—Allí —dije en voz baja, señalando la escalera de incendios.

Era una escalera muy alta, que cubría toda la superficie de la fachada posterior como una diagonal perfecta, con un descansillo a mitad de camino.

La oscuridad era total, con excepción de un lejano foco semioculto por la ventisca.

Nos detuvimos al pie de la escalera y estábamos a punto de subir cuando escuchamos algo que nos dejó paralizados.

—¡Mierda de viento! —exclamó alguien.

Una sombra apareció desde el otro costado del depósito, con el rostro hundido entre las altas solapas de un abrigo de ante y avanzó hacia la escalera.

Marty saltó sobre la sombra, cogió la cabeza del desdichado y la hizo girar con violencia.

Cayó al suelo con el cuello quebrado.

—Subamos —dije, mientras Bolland ocultaba el cadáver junto a la fachada, debajo de la escalera.

Los peldaños sufrían con nuestro peso, pero no nos preocupó. El tipo que estaba fuera también hubiese subido y si alguien oía los quejidos del maderamen supondría que se trataba del centinela.

Llegamos al descansillo, aguardamos un instante y continuamos subiendo. La puerta era de madera y metal y estaba abierta.

—Tú empújala que yo entraré el primero —dije a Marty.

Accedió con un gesto, cogió el picaporte y me miró. Yo asentí y tiré de la puerta. Me precipité dentro sosteniendo el Magnum con ambas manos.

No había nadie allí.

Era una habitación pequeña, construida precariamente con materiales prefabricados. Una puerta única señalaba el camino.

Marty cerró la puerta exterior y se dirigió a la otra.

Intentó abrirla pero no lo consiguió. Estaba con llave. Me hizo señas de que aguardara y salió del recinto. Al cabo de un minuto regresó con un llavero. Lo había quitado al centinela.

Tenía dos llaves. Abrió con la primera.

Yo preparé mi arma y Marty abrió lentamente, procurando no hacer el menor ruido.

Un tipo que yo no conocía leía una revista deportiva, junto a una estufa de queroseno. Había restos de comida sobre una mesa, cinco platos sucios, una botella de whisky llena y otra vacía, multitud de colillas y la atmósfera apestaba a tabaco, olor a pescado antiguo y encierro.

Marty abrió del todo y yo entré sin ninguna cautela.

El tipo, que estaba ligeramente de perfil, mascando chicle, movió la cabeza hacia mí y antes de mirarme dijo:

—Está bien, es mi turno, ya voy...

Entonces me vio y la mano voló hacia la funda sobaquera.

—No lo hagas —le advertí.

Detuvo la mano a mitad de camino y se puso de pie con un movimiento reflejo.

Marty se acercaba para quitarle el arma cuando la puerta que comunicaba con la siguiente habitación se abrió de golpe y apareció Morton barajando un mazo de naipes. Todo se precipitó.

Morton me arrojó las cartas al rostro mientras extraía su arma y el tipo que había estado leyendo la revista se lanzaba contra Marty.

Yo apreté el gatillo del Magnum y el cañonazo alcanzó a Morton en el estómago, lo dobló en dos y lo arrojó dentro de la habitación de la que acababa de aparecer.

Marty disparó dos veces a bocajarro contra el matón y corrió hacia la puerta, con la Luger humeante.

Lo hizo deliberadamente, para protegerme.

Dos disparos sonaron en la habitación y vi el cuerpo estremecido de Marty. Pero no cayó, sino que rodó dentro del cuarto y yo me precipité tras él.

En una milésima de segundo vi a un tipo gigantesco que sostenía una pistola en la diestra.

Disparamos al mismo tiempo.

Un proyectil rozó mi hombro y mi balazo lo alcanzó en el muslo, desviado por el dolor que me atenazó el hombro.

—Hijo de perra —dijo el gigantón, y tenía la voz de sierra. Levanté el Magnum pero Marty se me adelantó.

El rostro de Zeke Dolby estalló bajo los disparos de la Luger como una sandía madura. Retrocedió con el arma suspendida del brazo laxo,

chocó contra una puerta y se deslizó suavemente hasta quedar sentado contra ella.

Estaba muerto.

Lo aparté de un empujón y abrí la puerta desde un costado. Tres disparos fallaron el blanco y me lancé a la tercera habitación rodando por el suelo.

Arrastré una silla en mi rodar y cuando conseguí apuntar me encontré con un panorama poco propicio.

Vi a un muchacho alto, bien parecido y vestido con un traje de pana azul que me miraba con ojos vacíos. Estaba amordazado y llevaba las manos atadas a la espalda.

Sosteniéndolo por la cintura, y protegido por su cuerpo, estaba Mariello.

Era un tipo de mediana estatura, complexión fuerte y rostro cuadrado y recio. Tenía el cabello rubio muy corto y los ojos malignos brillaban con crueldad.

Su mano derecha aferraba una 45 y apuntaba directamente a la sien de Gino.

—¿Qué le has hecho, bastardo? —pregunté. Sonrió y volvió a ponerse serio casi sin transición.

—Está drogado, Kaminsky. Y continuará conmigo hasta el final, a menos que desees que le reviente la cabeza ahora mismo.

La habitación tenía sólo tres paredes, la cuarta era una baranda que daba a una escalera que descendía hasta la planta del depósito.

—Estás perdido, Mariello. Deja al muchacho y lárgate. De lo contrario tendrás a la Organización tras tu pellejo.

Lanzó una carcajada y con el pulgar levantó el percutor de la 45.

—Suelta el arma, Kaminsky —dijo fríamente.

No podía hacer otra cosa, aunque sabía que en cuanto soltara el arma me acribillaría.

Entonces sonó un disparo y Mariello se estremeció. No soltó a Gino, pero apoyó la espalda contra la baranda.

Miré a Marty que sostenía la Luger en la diestra. Estaba inmóvil, pero había intentado alcanzar a Mariello en las piernas. No lo consiguió.

Habíamos estado a punto de triunfar. Sentí tanta furia que podría haberme tragado el Magnum, pero en vez de hacerlo lo dejé caer.

Mariello lanzó una carcajada triunfal, apartó la 45 de la cabeza de Gino y me apuntó directamente al corazón.

El rostro tibio de Anne pasó como un relámpago delante de mis ojos y desapareció tragado por la proximidad de la muerte.

Sonó un disparo cuyo estruendo estuvo a punto de derrumbar el techo del depósito. Mariello soltó a Gino, abrió los brazos, dejó caer la

45 y me miró como si viese al mismísimo desfile de sus muertos.

Cayó hacia atrás y escuché el impacto de su cuerpo contra el suelo del depósito, diez metros más abajo.

—¡Jefe! ¿Está usted bien?

Birdie asomó su rostro delgado y macilento. Sostenía el Colt Frontier con las dos manos y sonreía con su dentadura de dos mil dólares.

—Birdie —le dije—, te quiero. Ahora trae el Bedford, Marty está malherido.

Me incliné sobre Bolland y abrió los ojos. Tenía dos balazos en el cuerpo, uno junto al otro, a la izquierda del esternón.

Intentó hablar y escupió sangre.

—Tranquilízate, te llevaré con Buddy y saldrás más guapo que antes. Cerró los ojos, hizo un esfuerzo y dijo:

—Anne... se marchó de la casa del médico... Su mujer, Kay, dijo que no había podido detenerla. Ella... seguramente... —se desmayó.

Aquella había sido la preocupación de Marty. Te "Va que yo abandonara la operación por buscar a Anne. Un estremecimiento de horror me recorrió el cuerpo cuando pensé en lo que seguramente estaba ocurriendo en ese mismo momento.

Recuperé el Magnum y cargué con Marty hasta el Bedford mientras Birdie ayudaba a Gino.

Cogí el volante y me detuve en cuanto salimos del puerto. Me bajé en la primera avenida y dejé a Birdie mi puesto tras el volante.

—Llévalos al consultorio de Buddy y no te muevas de allí. ¿De acuerdo?

—Sí, jefe.

Cogí un taxi y le di la dirección de mi casa. La opresión de mi pecho era inaguantable.

Subí las escaleras y escuché la música que provenía de mi estereofónico.

—Está bien, Finny —dije—, voy a entrar. Abrí la puerta y la cerré a mi espalda.

Anne estaba sentada en una butaca, firmemente sujeta al respaldar, con la blusa desabotonada.

Los pechos hermosos y desnudos aparecían enrojecidos por los golpes. Tenía el rostro cubierto de lágrimas pero su expresión era decidida.

Detrás de ella se hallaba Finny Merlín. Vestía un saco granate, pantalones blancos de pana, botitas con tacón, jersey blanco de cuello volcado y sonreía sólo con los labios muy finos. El resto de su rostro delgado, perfectamente rasurado y brillante de afeites, continuaba neutro.

Tenía el cabello muy lacio y largo peinado hacia atrás con una raya al medio y despedía un aroma desagradable a perfume francés.

Una cadena de oro colgaba en medio de su pecho con un camafeo de marfil.

En su mano derecha sostenía el único detalle recio de su atavío, un Smith & Wesson plateado.

—Suelta las armas —dijo con su voz aflautada—. Utiliza solamente el pulgar y el índice de la mano izquierda.

Desabroché mi *anorak* y obedecí.

Dejé caer el Magnum sobre la alfombra.

—Continúa, buen mozo —dijo con una risilla de rata famélica.

—No te entiendo —repliqué.

Dio un paso y abofeteó los senos de Anne. Ella no gritó, pero dos lágrimas enormes surcaron sus mejillas y estuve a punto de estallar.

Introduje el pulgar y el índice en el bolsillo del *anorak*, extraje la 45 y la dejé caer al suelo.

—Apártalas —dijo Finny.

Pateé el Magnum y la 45 y desaparecieron debajo del sofá del salón.

—¿Qué ocurrió? —preguntó entonces.

—Todo ha terminado.

—¿Cómo?

—Están muertos.

—¿Zeke?

—Acribillado.

—¿Quién le mató?

—Marty Bolland.

—Entiendo.

Su voz aflautada era como el graznido de un cuervo. Había algo terrorífico en su aspecto, en su ambigüedad, en su particular sentido de la perversión.

Y nos tenía en su poder. No me engañaba su aspecto, era un verdadero profesional.

—Tendréis una muerte bella —dijo—. En la cama y desnudos. ¿Te apetece la idea?

—Estás loco, Finny. Eres un cerdo perverso.

Sus labios finos se abrieron en una sonrisa amplia y desagradable.

—Ponte en cuatro patas —dijo y abofeteó nuevamente los senos de Anne. Obedecí.

Colocó un silenciador a su arma, se acercó a mí y me dio un puntapié en las costillas. Rodé por el suelo mientras me seguía pateando a gusto. Una y otra vez me dije que tenía que resistir, pero

los golpes eran violentos y yo tenía el cuerpo resentido por la paliza anterior.

Me alcanzó con un último puntapié y caí de bruces junto a la cama.

—Eso es, en el lecho, como dos sucios amantes —dijo la voz aflautada. Me incorporé a duras penas.

Finny se dirigió hacia Anne, la desató, le arrancó la blusa y la falda y la arrojó sobre la cama. Luego volvió a patearme.

Era lo que yo estaba esperando.

Mi hombro izquierdo quedó debajo del somier y mi mano buscó la Beretta.

Durante una fracción de segundo mis dedos buscaron en vano y el cuerpo se me cubrió de un sudor helado.

Entonces la aferré.

—Vamos, buen mozo, la dama espera —dijo y apretó el gatillo.

El balazo silenciado me atravesó la pantorrilla y el dolor súbito me hizo salir con un espasmo de debajo de la cama.

No puedo describir el rostro obscuro de Finny cuando vio el arma en mi mano. Apreté cuatro veces el gatillo. Dos balas entraron en su vientre y al agacharse recibió las otras dos en la garganta.

Cayó encima mío y me llenó de sangre y de olor a perfume francés. Lo aparté asqueado y Anne me ayudó a ponerme de pie.

—Crearás que soy un perverso —dije procurando armar mi mejor sonrisa—, pero estás preciosa.

* * *

Buddy y Kay miraban *Casablanca* por televisión. Continuaba nevando y yo observaba el mar a través de la ventana. Anne estaba decorando el árbol de Navidad y Birdie le sostenía la escalera mientras coronaba el pino enano con la estrella de Belén.

Un automóvil se detuvo ante el jardín de la casa de Buddy y Anne se precipitó hacia la puerta.

Gino entró cargado de regalos y seguido por una morena deliciosa.

—Hola superviviente —dijo estrechándome la mano.

Luego besó a Kay, abrazó a Anne y saludó efusivamente a Birdie y Buddy.

—Este milagro de mujer es mi novia —anunció.

Tras las presentaciones y con una copa en la mano, agrupados como seres prehistóricos alrededor de la magia del fuego, sentí que mi vida de violencia estaba demasiado lejos, definitivamente marginada.

—Kam —dijo Gino—, Hablé con Marty esta tarde, se recuperará

rápidamente y me ha pedido que no olvides tu promesa.

—¿Qué promesa? —preguntó Anne sentándose sobre la rodilla de mi pierna sana y besándome dulcemente el cuello.

—¿Se lo dices tú o lo hago yo, Kam? —rió Gino.

—Le he prometido que sería padrino de nuestra boda, amor —dije yo.

FIN

PUNTO

**PUNTO
ROJO**



ROJO
intriga...

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España